AÑO XXVIII. — Nº 1400.

EL DIA

MONTEVIDEO, NOVIEMBRE 15 DE 1959.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



PROFESOR CLEMENTE ESTABLE.
(Fotografía Juan Caruso)

Con un acto público realizado en la sala del Sodre, culminaron los homenajes nacionales al profesor Clemente Estable, sabio compatriota a quien rodearon en ese acto autoridades y ciudadanos representativos de todos los sectores intelectuales de nuestro país, conmemorándose el treinta aniversario de la creación del Instituto de Investigación de Ciencias Biológicas, por él creado.



He aquí el ómnibus de don Jesús A. Fabeiro, "la institución rodante de más larga vida y más extendida fama que se conoció en todo Treinta y Tres". No sabemos si la valijita que se ve, tiene algo que ver con la que se menta en esta nota.



Don Jesús A. Fabeiro, cuyo nombre quedó incorporado a la memoria de toda una generación treintaitresina.

RECUERDOS DE TREINTA Y TRES

EL OMNIBUS DE FABEIRO

FUE la institución rodante de más larga vida y de más extendida fama que se conoció en todo Treinta y Tres. Ni las carretas de Navarro y de don Galdino Lima, ni el carro de Pandorga, ni las volantas de Miraballes y de Gadea, ni el camión de Santos Olivera ni el auto de don Apolinario Caétano, dejaron tanto ni tan sabroso quehacer para el historiador futuro, como el que dejó el autobús de Jesús Fabeiro entre las paralelas de la línea Treinta y Tres - Charqueada, por un lado y una cadena de años de no menos veinticinco eslabones, por otro.

Naturalmente, no fue el suyo el único ómnibus que fue y vino a lo largo de aquellas doce leguas en zeta que se "acostaban" sobre la carretera. Hay que recordar el de Marizcurrena, aquel vasco como todos los vascos en lo callado, trabajador y hondo. Hay que recordar el de don Alfredo Amil, aquel hombre emprendedor y bueno, de cuyo espíritu se nutrieron tantas cosas solariegas. Hay que recordar el de don Artigas Moreno, aquel hombre chiquito del pelo a los pies, pero grande de la voluntad a la perseverancia. Hay que recordar el de don Temístocles Llano, aquel hijo de hijos del pago, con sonrisa, ademán y corazón olimareños. Hay que recordar el de los hermanos Bertone y hay que recordar el de don Santos Olivera, aquel vaqueano de todos los caminos del terruño.

Pero como no pueden caber siete ómnibus —y mucho menos siete u ocho hombres— en una misma nota, hemos debido empezar con uno y uno: un hombre y un ómnibus.



El petiso de la derecha es Domínguez, que acompañó añares a Fabeiro y al rodado, como guarda.

Y decir Jesús Fabeiro, es justamente decir hombre y ómnibus; pues nadie que hubiese conocido el uno, podría imaginarlo sin el otro. Tanto es así, que después que Fabeiro se jubiló, hubo gente que no lo reconoció lejos del rodado. Y gente que reconociéndolo, antes de saludarlo le salió preguntando a dónde había parado el aparato...

*

Claro que lo lindo sería poder "hacer la línea" kilómetro a kilómetro a través de estas líneas. Lindo, no sólo por el camino en sí, guardado casi todo él —como ningún otro allá— por dos hileras casi continuas de árboles, con claros de hermosos y amplios panoramas; lindo, además, por los lugares, la gente y las cosas que poblaban sus márgenes. Pero tropezaríamos otra vez con el problema de los apretujones y en vez de ser esto una nota sobre el ómnibus de Jesús Fabeiro, se convertiría en el propio ómnibus de Jesús Fabeiro en plena zafra. Con el peligro de que a fuerza de "levantar" todo cuanto se encuentre, al final del relato no habríamos andado mucho más allá del Benteveo, yendo, o del poblado de Acosta, viniendo.

Lo cierto es que para ir, hay que arrancar de la calle Real y detenerse en el puerto mismo de La Charqueada. Todavía eso, sin contar lo que podía pasar —y casi siempre pasaba— entre la hora de la mañana marcada para salir y la hora exacta de la salida. Porque a veces entre una y otra, solían arrastrarse ochenta o cien minutos sonados y cantados por el reloj jefaturial. Fabeiro no era hombre de dejar un pasajero a pie por bagatelas. Si se había dormido, lo mandaba llamar; si andaba pagando la contribución, "presentando" un hijo o bautizando un ahijado, él se las arreglaba para hablar con el jefe de Rentas, el juez o el cura, a fin de apurar la cosa y asunto concluído. Pero lo esperaba.

Y ya en esto, comienza a apuntar —apuntar— la modalidad de Fabeiro que más digno lo hizo de la gratitud del pago gaucho y pachorriento al que sirvió con su vehículo. Modalidad que de pronto no era ingénita en el temperamento nervioso que a menudo dejaba ver los dientes a través de algún desgarrón del poncho de serenidad con que Fabeiro había resuelto cubrirse, después de profundas cavilaciones sobre varias y determinadas cosas ligadas fatalmente a la función que le tocó desempeñar allí y entonces.

Por más que el suyo fuera un ómnibus y por más que el ómnibus rodara sobre carretera, Fabeiro desde un principio intuyó —con o sin Bergson, no interesa— que si carretera y ómnibus se correspondían con el tiempo físico, tanto una como otro estaban lejos del tiempo sicológico del Treinta y Tres que él debió servir. Vio que una carretera y un ómnibus no podían cambiar de la noche a la mañana el alma de una generación. Una generación que había transitado por entre los más feroces barrizales de todo el Departamento; una generación cuyos nervios se habían templado "al tranquito y peludeando" una generación cuyos hábitos no podían estar, en velocidad, mucho más allá de un galopito de diligencia. Todo eso vio Jesús Fabeiro. Y verlo, ajustar sus nervios y el motor del ómnibus al ritmo de aquellos hábitos fue todo uno. Ese fue su gran mérito; ahí radicó la clave de su triunfo; ahí la razón del buen recuerdo que de él y su rodado guardó aquella generación de hombres pacienzudos y demorados como el camino viejo que la carretera había venido a sustituir.

Por eso a nadie que no fuese un forastero, podían extrañar las cosas que allí se veían, se oían o se estilaban. Al menos frecuente usuario del servicio iba a llamar la atención que se detuviese el ómnibus para que un pasajero se bajara a atar un negocio, por ejemplo; o para que una pasajera cambiara dos o tres "tijeretazos" con una comadre a la vista; o para que tras una frenada súbita, se bajase Fabeiro empuñando una escobita que siempre lo acompañaba en la cabina y se pusiera a barrer los vidrios de una botella rota en plena carretera...

*

El trayecto comprendido entre la Agencia y la Estación Julio María Sans, valía por sí todo el viaje. Siendo más o menos un cuarto del total del recorrido, llevaba tanto tiempo como el resto. Se le podía comparar en eso, con el comprendido entre La Charqueada y la C.I.P.A.

Ya en La Cruz Alta empezaban a menudear pasajeros y encomiendas. Estas oscilaban entre el "encargue de boca", pasando por el billetito en "papel d'envolver", hasta el cajón de chanchos o la jaula de pavos. En general los pasajeros se juntaban en determinados puntos; cada cual con sus respectivos acompañantes. Fabeiro paraba el ómnibus, echaba "un rial o dos de prosa" con los acompañantes y comenzaba a distribuir bultos y demás obligaciones a su cargo. Mobiliarios, comestibles, bebestibles y varios, a la baca; cartas, esquelas y menudencias, a la cabina; plata, a los bolsillos; a los asientos, bultos humanos; a la memoria, pedidos y recomendaciones verbales: que "tenga cuidau con los güevos, eh!", que "digalé a mama que me mande unas hojitas de cambará pa' la tos"; que "no siolvide de decirle a mi compadre que le mande decir al gurí lo que le dije, ¿oyó?"...

*

De La Cruz Alta al Cementerio se iba una hora. A lo largo de las dos cuadras largas del Cementerio, el ómnibus pasaba "de largo". Allí nadie era capaz de esperar. Se cruzaba en silencio, a marcha moderada, todo el pasaje sombrero en mano. Mas al pisar el barrio del Benteveo, daba comienzo a otra media hora que se iba a completar allá sobre la Escuela Granja del Paso Ancho, que dirigía aquel Santos Pintos, cuyo nombre debemos escribir seguido de tres emes mayúsculas: la de Mi, la de Mejor y la de Maestro. Es un deber que contrajimos allá en la escuelita rural número diez de los Yerbalitos.

La Escuela del Paso Ancho, como las demás tres o cuatro escuelas del recorrido, le vaciaban o le llenaban de gurises el ómnibus a Fabeiro, según las horas de entrada o salida. De allí, las paradas más regulares estaban en las tres bocacalles rumbo a los Membrillos y a las Colonias. Aunque a veces en La Palmira, un tambo que había más allá, la cantera de Vialidad y la estancia del Inglés Jefferies, también solía subir gente. Tarros de leche, aves, granos, herramientas de chacra para arreglar, era lo más corriente en materia de encomiendas por esa zona. Y en materia de pasajeros, era muy corriente que subiera un canario ya madurote y conversadorazo que vivía a media legua escasa del camino y que viajaba tanto a Treinta y Tres del Olimar como a La Charqueada; siempre, en compañía de algún animal carneado que llevaba de regalo a los familiares o amigos en cuyas casas paraba. Cierta vez, en lugar del viejo estaba un gurí esperando el ómnibus. Fabeiro paró, abrió la puerta y oyó:

—Manda decir tata dice que lo espere, dice.

—Aja... ¿Demora?

—No señor; taba ya degollando el chancho...

Y Fabeiro lo esperó no más.

*

Estación muy conocida era la del boliche de Aldacor. Allí se juntaban —mejor dicho se acercaban— cosas tan importantes como éstas: el boliche (buen surtido, radio, heladera, el dueño y la dueña de casa, todo macanudo); la entrada principal a la Colonia por donde se salía al Paso de la Laguna; la más grande cantera de balasto del ferrocarril a Río Branco y, enfrente, la estancia del Inglés, antiquísima, y con historia para muchas páginas.

Pasando ranchos, rosedal y en su tiempo, famoso vivero de eucaliptos de Amaricio, venía la entrada al pueblito de Los Ceibos. De allí, sólo de negros —y negros Fernández— el ómnibus salía petisito. Fabeiro cargaba, subía, cerraba la puerta, levantaba el parabrisas y salía tragando aire, cosa de agarrar impulso en la bajada, para subir proseando el repecho. Esto, siempre que antes del repecho, no estuviese don Pedro Rivero aguaitando el ómnibus frente a la portera de su casa nacida y criada al rojo vivo de los ceibales.

Marcando la bocacalle del camino a Vergara, a la izquierda, estaba la estancia de don Jesús Larrachea; un poquito más allá, a la derecha, la "estancia" del hombre que se jactaba de ser "el cristiano más conocido, el mejor jugador a cualquier juego y el mejor caminero de todo el Departamento", que respondía al nombre de Sarandí Ramos.

Pasando después el puesto de Vialidad a la izquierda, regentado por Montes de Oca;

la tapera, y más allá la estancia de don Martín M. Ois a la derecha, luego de una curvita suave, mismo en el alto, estaba la doble estación del kilómetro trescientos ocho. Doble, porque por un lado tenía la que fue casa de Larronda y después boliche de Abreu, donde siempre había carga de todo y especialmente de conversación; y por el otro lado, a poco más de una cuadra, lo de don Chico da Rosa, a quien Fabeiro nunca encontraba sin dos o tres cuentos recién salidos de fábrica.

Pero siendo todo eso lo que era, no era la causa más importante de las más grandes demoras del ómnibus allí. La causa más importante era un viejito setentón, con más nervios que pelos, que a la salida del sol ya se había desentendido de mate, desayuno y demás obligaciones mañaneras, sólo para esperar el ómnibus. Cuando allá a las dos o tres horas — y después de una carretita por cada ronquido de motor — reconocía al de Fabeiro, ya coronando el repechito, lo apretaban unos dolores de barriga irresistibles, que lo obligaban a disparar rumbo a un plantío de eucaliptos, no sin antes dejar una valijita que lo acompañaba, a modo de seña en el lugar mismo donde subía. Como a fuerza de repetirse el caso y de haber conversado muchas veces "mano a mano y sin testigos" con el de los apurones. Fabeiro conocía la historia hasta en sus detalles más menudos; y como Fabeiro era gaucho — y un gaucho no deja a otro gaucho a pie, y menos en tan tristes circunstancias — apenas veía la seña, apagaba el motor, encendía un cigarro y sin dar explicaciones a nadie, se ponía a esperar; esperaba así fuera una hora, que la valijita se juntase con el dueño.

*

La estación Julio María Sans, por aquellos tiempos bajo el mando de Arides Laín, no era estación para el ómnibus. Como competidor, Fabeiro pasaba por allí haciendo pistonear fuerte el aparato, siempre que no lo hicieran parar frente a la escuela o frente al rancho de Uberfil Fasciolo y su "catrefada" de gurises.

Dejando por el lado de enlazar las respectivas residencias de los Benecio y los Domínguez, venía otra doble estación del camino: estancia de Terrero y Catalurda por un lado y por el otro la antigua salida de lo de don Bruno da Rosa; moderna, de lo de don Victoriano Fernández (Chola), gaucho, jinete, bailarín y enamorado como borrego de su mismo color, que por allí nomás "acampaba", en un rancho sobre el bañado de El Tigre, capataceando una sociedad con don Chico. Fue más allá un poco, pasando lo de Fernández Mura, pasando lo de don Alfredo Guerrilla, que Fabeiro no tuvo más remedio que parar el ómnibus, cierta vez que venía embalado y con pasaje bastante fastidioso por el atraso, al ver allá sobre una ladera a un hombre corriendo y haciéndole señas con el sombrero. Ante la sospecha de que podría tratarse de un caso de enfermedad, todo el mundo entró en razón. Pero todo el mundo se hubiese "comido crudo" al de las señas, cuando se arrimó al ómnibus, metió la cabeza a los resoplidos por la puerta y antes de que preguntara Fabeiro, preguntó él:

— Dígame, esté: ¿no sabe qué número salió a la quiñela?

*

Y venía una tirada larguísima, que dejando a lo de Rodríguez Brito por el lado de montar, llegaba hasta la estancia El Paraíso, entonces de Rodríguez Blanco, por el lado de dar la mano. Nadie supo de dónde pudo salir un día una viejita, por aquellas soledades, acompañada de una muchacha, un gurí, varios bultos y un gato. Fabeiro paró, pero frunciendo la nariz; por el gato, la francia. Abrió la puerta y antes de bajarse, estableció:

— Gatos no, señora.

— Es faldero... mansito...

— Será; pero gatos no.

— ¡Piro no me va'dejar en el medio'el camino!...

— A usted, la muchacha y el chiquilín, claro que no; al gato, seguro que sí.

— ¡Pobrecito!... Lo llevo en la falda.

Fabeiro había empezado a conmoverse. Se bajó, parlamentó con la interesada, semblanteó repetidas veces al "interesado", sacudió la cabeza y admitió:

— Bueno señora, suban.

— ¿Con el bichito?

Preguntó ella, haciéndose la que no entendía.

— Sí... señora... Con el bichito...

Quedaba libre sólo el asiento de adelante, contra la cabina. Allí se acomodaron los cuatro: la muchacha con el gurí en la falda, la viejita con el gato en la falda. Al sentarse, Fabeiro quedó con la nuca a una cuarta escasa del cuarteto. Encendió un cigarro, hizo roncar el aparato, miró el espejo y volvió a sacudir la cabeza, viendo los movimientos que empezaban a producirse a sus espaldas. Movió la palanca, arrancó en una primera llena de empuje. Pero antes de los veinte metros, aquello era una batalla campal. El gato había empezado a bufar, arañó a la vieja, arañó al gurí, mordió a la muchacha y ya libre se abrazó a la nuca de Fabeiro. El ómnibus aró en la carretera, de la frenada. Fabeiro se desprendió el bicho con ambas manos, lo agarró del pescuezo, abrió la puerta y lo tiró como quien tira algo para que se deshaga bien deshecho.

— ¡Jesús!, Fabeiro...

— Jesús Fabeiro me llamo, señora. ¡Pero gatos no, le dije!...

Cerró la puerta, se pasó el pañuelo por los arañazos y siguió dele y dele. La viejita y sus acompañantes no se animaron ni a mirar para atrás.

A la altura de lo de Alvarez, el Olimar ya empezaba a hacer sentir en el ánimo del pasajero, su presencia reconfortante. Lugar incomparable, aquel de lo de Alvarez. Incomparable por el río, el monte, el campo; pero incomparable, además, por doña Amalia, vieja como las que antes se acuñaban; y por aquellos cinco horcones de sernо de coronilla que ella dio: Antenor, Ciriaco, Máximo, Pablo y Santiago; y por las tres mujeres que entre uno y otro horcón allí nacieron: Elvira, María y Maura.

Pasando los naranjales de don Fabián Alvarez, en seguida, comenzaban las propiedades de C.I.P.A. A la izquierda, el pueblito; a la derecha, la administración, depósitos, etc. Leguas y leguas de arrozales. Quien conoció aquellos campos tapados de maciega y chilca, cruzados por vacajes cimarrones y tropillas de venados en las épocas de aquel brasileño casi legendario que se llamó José Beledo, tuvo que verlos tapados de arroz y cruzados de canales, para creer que tales prodigios fueran posibles. Por todos esos recovecos se iba metiendo el ómnibus. Y en época de siembra y corte, de allí nomás ya salía completo. Completo de no caber una aguja. Como iba aquella vez que Fabeiro coloca en lugar de honor de la lista de las memorables.

Era un hombre flaco y pálido el que abría los brazos en medio de la carretera. Venía del medio del campo, después de treinta y seis horas de vigilia, mirando a la mujer retorcerse y oyéndola largar cada grito que hacía levantar el techo del rancho. Y en el ómnibus no cabía un alfiler. Pero si Fabeiro no era capaz de dejar a pie un hombre con dolor de barriga por nervios, menos iba a hacerlo con una mujer con dolores para parir. Y menos aún, después que entró a aquel rancho chiquito y solitario y la vio él retorcerse y la oyó él gritar, y la oyó suplicar:

— ¡No me deje morir, don Fabeiro!...

La trasladaron y como tampoco iban a faltar dos pasajeros que le dieran los asientos para semi acostarse, la semi acostaron. Y fue aquella la mayor, la más tremenda, la más increíble prueba a que sometió Fabeiro su cuerpo, su alma, su ómnibus y su pasaje. Nunca marcó semejante velocidad; nunca dejó a tanta gente boquiabierta y sin subir en medio del camino; nunca a tanta boquiapretada y sin bajar en el coche. Nunca dio tantas órdenes en plena marcha. Nunca oyó tanto grito, ni tanto entrevero, ni tanta confusión. Es que nunca había visto a una mujer dar a luz apoyada en las espaldas de dos viejos y adentro de un ómnibus a toda carrera y lleno de gente. Recién cuando frenó en el patio del hospital, Fabeiro comprendió del todo, todo lo que había sucedido; y para todo lo que podía servir un ómnibus en manos de un hombre. Y fue recién años después, cuando los mismos habitantes de aquel rancho miserable, lo llamaron para padrino de un "machito" con el nombre de Jesús, cuando Jesús Fabeiro supo hasta qué honduras humanas suele llegar la gratitud de los humanos.

*

Venía después el antiguo comercio que a su turno tuvieron Miraballes, Eguren, Serralta, Ciriaco Alvarez y no sabemos si alguien más. Luego lo de Antonio Gómez, lo de Floro Olano, lo de Angito Gómez por donde solía anidar aquel pájaro olimareño que se llamó Gabriel Guerra y que se hizo llamar Luz Negra.

Y más allá de la curva, ya en la "recta final", después del poblado de Acosta —fundado y poblado por un Acosta, conocido por buen vecino y buen amigo— más allá de la hermosa estancia sobre el Cebollatí de aquel varón nacido para el Bien (con mayúscula) que fue el Dr. Antonio Valiño y Sueiro y de su señora doña Celia Amorín, más allá... estaba el pueblo Enrique Martínez, formado en torno a un antiguo saladero, al cual debió su primitivo nombre, que hoy conserva su hermoso puerto sobre el propio Cebollatí: La Charqueada.

Allí Fabeiro repartía pasajeros, encomiendas y encargos, almorzaba, limpiaba el ómnibus y por la tarde iniciaba el viaje de retorno a Treinta y Tres del Olimar.

Así añares. Invierno y verano. Bajo sol o bajo lluvia. Entre el barro o entre el polvo. Con heladas tordillas o con calores asfixiantes. Fabeiro envejeció en aquel camino. Y envejeció el ómnibus. Y envejeció el tiempo; aquel tiempo sicológico que hombre y rodado habían venido a interpretar, a estirar todo lo posible; aquel tiempo de transición entre el viejo Correo de Miraballes y el verdadero tiempo de la carretera y el ómnibus.

Cumplida esa importante misión, que no poco tuvo de pedagógica y que mucho tuvo de humana, a Fabeiro lo iluminó la segunda gran intuición de su vida de empresario: debía dar lugar a los que venían a sucederlo. Se jubiló y les entregó a ellos la línea Treinta y Tres del Olimar - Charqueada. Pero tanto hombre como vehículo, quedaron incorporados a la memoria de toda una generación. Una generación que no hubiese podido aguantar — así como así — el pasaje de la velocidad de un galopito de diligencia por entre los más feroces barrizales de todo el Departamento, a la velocidad de un ómnibus en plena carretera.

Julio C. da ROSA

(Especial para EL DIA)



Otra hermosa visión aérea del puerto de La Charqueada. (Foto del archivo del señor Aníbal Barrios Pintos.)



Vista aérea del puerto de La Charqueada. (Foto del archivo del señor Aníbal Barrios Pintos.

UN EXVOTO MONTEVIDEANO EN VILLASELAN

GALICIA está separada de Asturias por una línea lírica de agua que, del abrazo entre las dos provincias, crea una de las rías más bellas y armoniosas del noroeste hispánico: la del Eo. Por el verdor de sus riberas enclavan sus encaladas casas tres pueblos —Castropol, Figueras y Ribadeo— con fisonomía material y espiritual propia, de la que cada uno cede un retazo para formar el nuevo complejo de "El Eo". Pese a las rivalidades que existen entre esos pueblos, su vida económica, social y cultural se proyecta en común, y durante todo el siglo XIX con un predominio singular hacia el Río de la Plata, dejando en el Uruguay huellas no despreciables.

Las gentes del Eo, fueron adiestradas en las faenas rudas de la mar, sostén de sus vidas, desde que en el siglo XII persiguieron con afán a la ballena, hasta servir la antañona marina romántica de los veleros de cruz, y con sus rodas pusieron varias veces un cinturón de espuma al mundo; la última en 1892 con la corbeta *Nautilus* que, al arribar al puerto de Montevideo, esperaban a sus tripulantes más compañeros de la niñez —dice un cronista— que los que podían encontrar en su propia tierra. De esta consagración a la mar queda en aquellos pueblos el recuerdo de los colegios de náutica de Figueras y la Escuela de Ribadeo donde se formaron pilotos innumeros de todos los mares, y capitanes de Indias, como los Reinante, Lage, Travieso, los Castro, el azaroso Blanco que con su *Ermuv* participó en las luchas del Río Mindanao y el heroico Villamil, furor como su barco, de la guerra de Cuba. Y queda además el de aquellas empresas navieras de consignación, cual la de "Casas" en Ribadeo, que con naves como la conocida corbeta "Antonia", surtían de conservas a todo el Río de la Plata, facilitaban el doliente tráfico de la aventura emigratoria, tan importante para el Uruguay, y hasta el de la cultura.

Aquellos emigrantes dieron fortunas, algunas millonarias a esta República, y fueron hombres señeros o padres de prohombres orientales. Por ejemplo, Ribadeo, donde "nació para no morir" el Viejo Pancho, poeta de la Tradición; Piñera, en el alfoz de Castropol, cuna del cabildante D. Bernardo Suárez, padre del político emancipador Joaquín Suárez; y en Figueras, los progenitores del doctor José F. Arias, ese secuaz de Cajal que con la organización de la enseñanza industrial y nocturna, logró que los talentos de su país no se perdiesen en la indolencia como los ríos se pierden en la inmensidad del océano. Nombres todos ellos de raíces biológicas astu galaicas que nunca cortaron el cordón umbilical que le une a la tierra de sus mayores. En el Uruguay, se recibía en 1879 "El Eo", el primer periódico de aquella comarca, que admitía suscripciones en Montevideo en casa de D. Teodoro Viladeval; y aun hoy, el sucesor de dicho bisemanario; "Las Riberas del Eo", trae a los emigrantes la nostalgia y esencia del paisaje y del paisanaje eoto.

Gente de mar la del Eo, es decir, gente de fe. Porque nadie siente a Dios "como el pobre navegante que bracea sin esperanza humana en el tumulto de un mar que estrangula sus gritos de socorro". De esta inferioridad ante los elementos surgía la necesidad de recurrir a lo sobrenatural y luego, como gratitud al favor recibido: los dones, las ofrendas, las promesas; que, cuando se hacía en la mar tenían mayor sentido. Bien dijo el Lazarillo de Tormes: "hacer más promesas que quien navega en borrasca", y bien dice la paremiografía: "si quieres saber rezar entra en la mar", y otras múltiples paremias de tal jaez. Toda la biología de la promesa que tiene una ascendencia cultural pagana, mítica y mágica, que aun supervive al ser cristianizada se representó en el ermitorio marinero que avizora todas las lanchas del pueblo con su campanil y que al pasar ante él, rumbo a alta mar, sus hombres sueltan el remo y en silencio se descubren para ofrecerse a la protección del santo. Son tales ermitas en el Eo, la de la Atalaya en Asturias, y la de Villaselán en Galicia.

Villaselán es una parroquia de Ribadeo donde el pueblo se agrupa en torno al santuario, bajo la advocación de la Virgen de su nombre: es lugar de peregrinaje y de consuelo, como cantó Ubaldo Pasarón:

"Villaselán tranquila, que escuchas solitaria
Mis quejas doloridas con muda magestad,
Mis tétricas congojas acoge hospitalaria,
al alma dé consuelo tu dulce soledad".

y de su protección recibían favor los navegantes del Eo.

Las paredes de la capilla dan testimonio de esta tradición. Sobre ellas se hacinan exvotos de *simpatía* unos, de *gratitud* otros, como en el más rico de los museos de la España marinera, y son testigo de la honradez que siempre significa el cumplimiento de la promesa. Entre los que allí cuelgan hay uno fechado en Montevideo, el 22 de octubre de 1875 de un gran interés histórico porque da autenticidad de aquel tráfico trasatlántico del Eo al Río de la Plata, precisamente en su movimiento de retorno y por compañías orientales que también llevaban al impulso de las velas de sus gavias, la economía, los hombres y la cultura.

Se trata de un cuadro al óleo, de 78 por 58 centímetros, con un oscuro marco isabelino y que reune la particularidad sobre los demás exvotos pictóricos, de tener en el ángulo inferior derecho la firma del autor, aunque borrosa como todo el resto de la obra por el humo de los cirios y del incienso. Excepto este detalle cae perfectamente dentro de la técnica pictórica de los exvotos del XIX, que conserven su principal característica en la buena traza de su realización —el marino tenía ya en su profesión una considerable ganancia que le permitía pagar un buen artista— y que en los barcos se representan escorados hacia el observador para mejor mostrar todos los detalles de la arboladura y de la cubierta. Precisa la fecha de su ejecución la leyenda explicativa que permite además conocer el motivo de la ofrenda.

Navegando en su último viaje de Ribadeo a Montevideo el bergantín oriental "Flora Paquita", el 10 de diciembre de 1872, capeando un furioso temporal del S.W. a sesenta leguas al Oeste de Vessant, se encontró con la corbeta "Albion" "yéndose a pique y sus tripulantes rendidos sin esperanza de salvación. El Capitán Reinante viendo impotentes los esfuerzos humanos para lograr salvarlos, buscó en lo divino la protección de esta milagrosa Virgen de Villaselán y por este motivo feliz fueron salvados todos desembarcando en Ribadeo la noche del 13." Esto interpreta el lienzo con acierto, tanto en los trazos como en el colorido cargado de azules y grises oscuros. Un cielo tormentoso y lluvioso, plúmbeo, les carga sobre ambas naves; la corbeta con sus tres palos a la derecha, y el bergantín oriental a la izquierda.



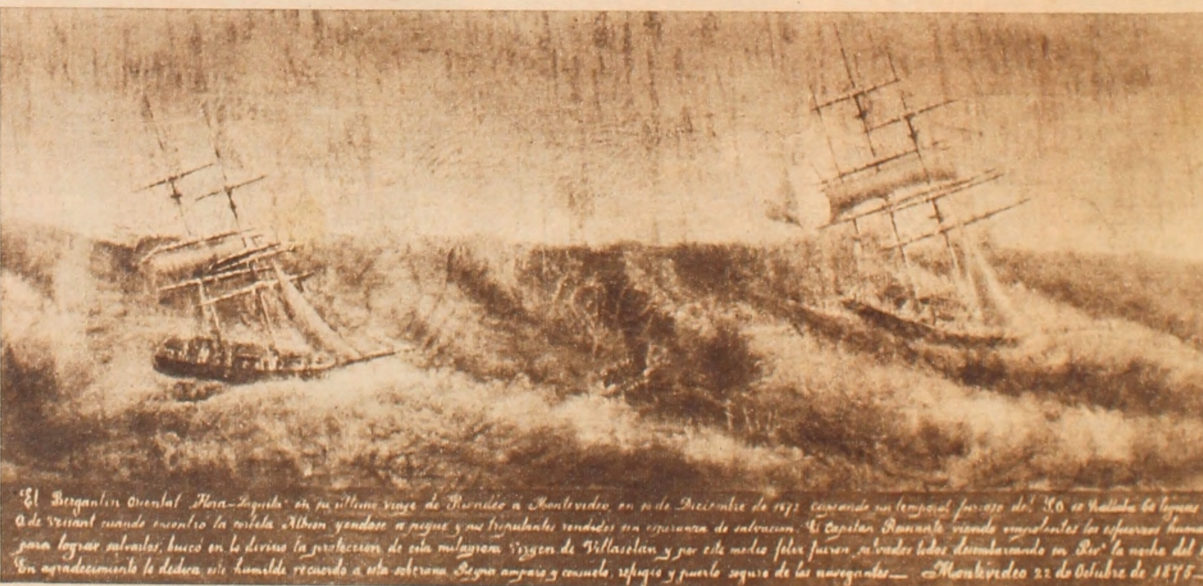
El río Eo, que une a Asturias y Galicia, separándolas. (Foto del autor).

Hay dos detalles que dan al lienzo un gran sabor. La acción del bote que —en el centro del cuadro— brega con ocho remeros en medio de un profundo seno del oleaje y otro que arriba ya a sotavento del bergantín. Se trata pues dentro de la clasificación general de los exvotos, de un ejemplar montevideano, pictórico, marinero, de acción, estético, preciosista, literario y explicativo, una pieza interesantísima porque corresponde a la agonía de este arte.

La introducción del maquinismo y de la gasolina en la navegación mató la fe en aquel hombre que al no tener que luchar él, en su impotencia, con las olas y los tiempos, tampoco tiene necesidad de recurrir al poder sobrenatural. Por esto el hombre de mar actual no es el tipo religioso de la marina colonizadora y romántica. Y ya por esto también, no se ven aquellas escenas de los náufragos en peregrinaje austero hacia el santuario, con los pertrechos al hombro, la frente reclinada y el corazón ardiente, como no sea en los lienzos de un Luis Menéndez Pidal, o de un Alvarez Sala, que documentan todo el sustrato de un pueblo y de una clase. De aquella España que dejaba pequeño el mar de todos los continentes ante el empuje de sus proas.

J. L. PEREZ DE CASTRO.

(Especial para EL DIA.)



El exvoto montevideano de Villaselán, interesante documento histórico y pictórico de fin de siglo. (Foto del autor.)

DE LA ANTIGUA PLAZA INDEPENDENCIA

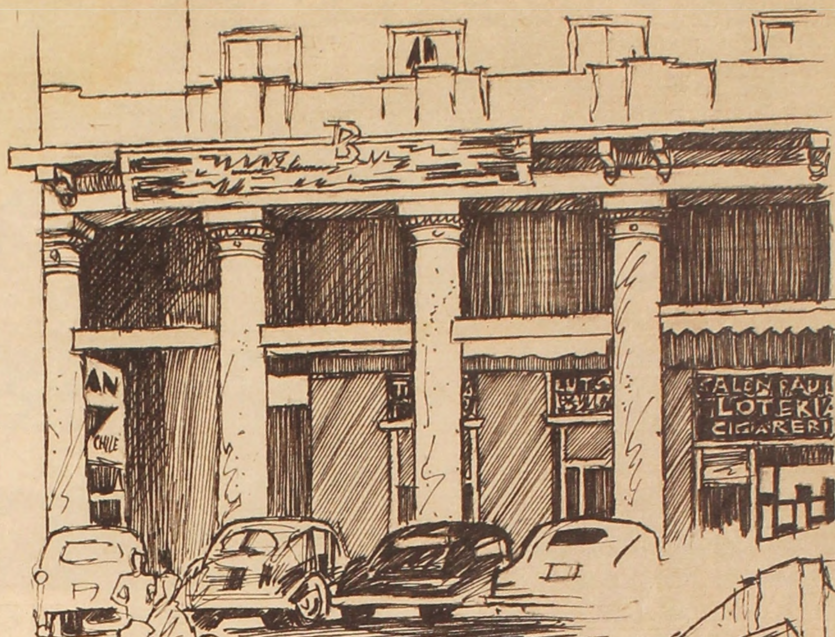
APUNTES DE PIERRE FOSSEY



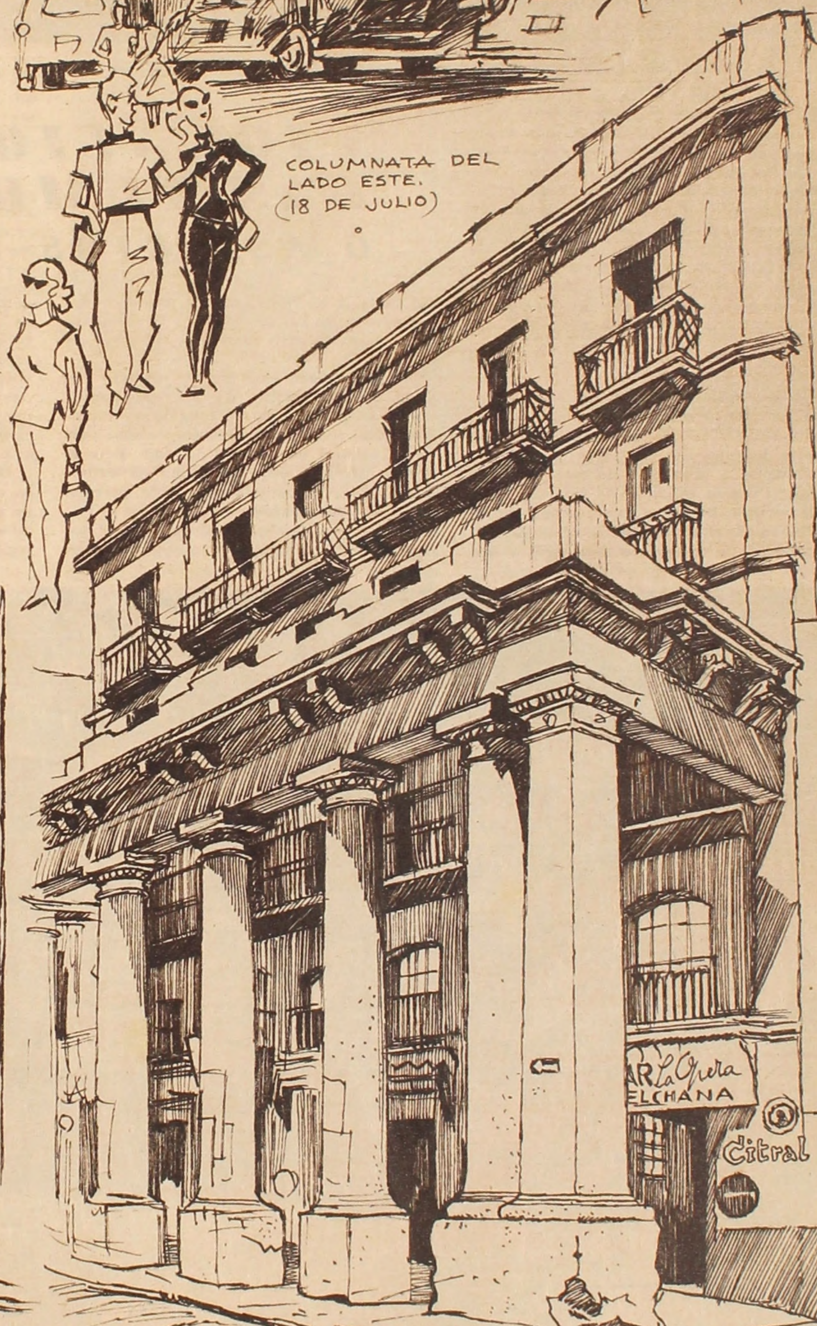
LADO OESTE
CALLE JUNCAL

PLACA COLOCADA
ENCIMA DEL Nº 1373

AQUI NACIO EL 16 DE AGOSTO DE 1860
JULES LAFORGUE
Y EN UNA CASA CERCANA HOY DESAPARECIDA
ISIDORE DUCASSE (LAUTREAMONT)
DOS GRANDES POETAS QUE EL URUGUAY DIO A FRANCIA
HOMENAJE DE LA MISION FRANCESA
PASTEUR VALLERY-RADOT
MAYO DE 1945



COLUMNATA DEL
LADO ESTE.
(18 DE JULIO)



GALERIA ESTE
LADO DE
18 DE JULIO

ESQUINA DE JUNCAL
Y DE LA PLAZA. CASA NATAL DE J. LAFORGUE.

MONTEVIDEO, 1960
PIERRE
FOSSEY.



El Acrópolis de Micenas; este paisaje encierra las tumbas de Agamenon y de Clitemnestra.

VIOLACION Y VISITEO DE LAS TUMBAS HERMETICAS

O ASPECTOS DEL TURISMO MACABRO

UNA vez rechacé expeditivamente, la invitación de visitar el interior de determinado panteón, en un cementerio europeo. La verdad es que había que realizar cierto esfuerzo para cumplir el propósito y que el tal propósito no me nacía, ya que, ni el personaje que lo ocupara tenía suficiente interés histórico ni el interior del recinto era, por lo entrevisto, mejor que lo externo; no valía la pena. Aproveché, de todas maneras, para decir con suficiencia: "yo no entro a tumbas por mi propia voluntad".

No era más que una frase; estaba bien dispuesto de antemano, a dejar de proponer ingeniosidades fáciles en cuanto me fuera posible hacerlo. Era, inclusive, uno de los imperativos a satisfacer durante la visita a Egipto y a la Argólida, en Grecia.

Entiéndase bien que en la propuesta de visitar se entiende la posibilidad de ingreso al interior de un recinto mortuorio, o sea sin duda, a la violación más impúdica del sagrado retiro de un cadáver. Porque hay otra clase de relaciones con edificios de ese tipo.

No me refiero en absoluto al culto posible que se realiza en los cementerios donde se guardan restos queridos y cercanos. Esta reverencia dilecta no forma parte, en general, de un plan de viaje. Pero sí puede integrar algún programa de actividades en el extranjero, con seudo peregrinaciones sentimentales, buscando en el Père Lachaise la tumba de Musset o de Chopin, bajando a criptas o a catacumbas; acudiendo a Panteones nacionales. Todo eso es regular y hasta ordenado. Si en las catacumbas se dio reposo a muertos, también esos subterráneos eran lugares de culto; como siguen siéndolo muchas criptas. Y la disposición de cualquier panteón, más o menos real o de típica exaltación a héroes civiles y militares, prevé y dispone la visita.

Nada de todo eso que se enuncia, implica alteración de principios; no se impone, en tales casos, la subversión del orden establecido; por el contrario, se está participando de previsiones funcionales. Los monumentos se erigen con ese propósito y el ser funerarios les da la justificación del sentido que tienen.

Cuando hablé de violación y visiteo, estoy refiriéndome a acciones más macabras. Algo así como desalojar una huesa para meterse dentro con ánimo turístico. También, así enunciada, la acción resulta graciosa e increíble. Pero es reducido a términos livianos, lo que se viene haciendo en muchas partes. Y que no se haya denunciado de esa manera, no impide que sea cierto. Lo que además pasa es que parece no revestir importancia. Como no implica necesariamente irreverencia irredimible, la visita de tumbas los religiosos todavía afectados al culto. Porque una cosa es meterse dentro del Partenón, de la vieja Santa Sofía, ahora museo, o del Rameseum en ruinas, con plan de curioso o de interesado en las artes, y otra deslizarse en el recinto de una mezquita o de una iglesia mientras se cumplen los oficios y actuando como observadores. Uno se siente, de todas maneras, intruso; y cuando previamente a entrar en alguna de las primeras, quien lo hace se saca los zapatos o se calza babuchas sobre ellos y en cualquiera de las segundas se descubre la cabeza con gesto respetuoso, se está, de alguna manera, participando en el ritual; aunque ese no sea el propósito; aunque todo conduzca, también, naturalmente, al pago de la visita o al de las propinas menos canónicas.

Ocurre también, que en algunas ocasiones y con referencia a este tema tumbal, la predispuesta organización del ingreso, su reglamentación, las previsiones adoptadas para las más armónicas relaciones de lugar y público, están referidas a casos extremos a aquellos recintos que con más insistencia y mayor cuidado se previeron como herméticos, como impedidos por todos los medios al ingreso de cualquier ser que siguiera perteneciendo a este mundo. Me refiero a las tumbas egipcias, en particular.

Vamos; no es que yo crea que los otros pueblos antiguos hicieran tumbas con ulterior propósito de recepciones organizadas. Lo que ocurre es que los antiguos egipcios se preocuparon, hasta más allá de los límites, de la previsión factible, a fin de que el interior de sus necrópolis quedara sellado para siempre. Pues bien, ellas son, precisamente, las que más se frecuentan.

Usted me dirá: no es cosa de tomarlo a la tremenda. ¿Quién cree hoy en los dioses de la teogonía egipcia? ¿Quién sigue hoy el ritual mortuorio de la época faraónica? No; no lo tomo a la tremenda. Además yo mismo lo he hecho sin la menor sombra de preocupación, con impudicia, si usted quiere; no pensé, en ningún momento —ni antes, ni mientras, ni en seguida— que debía culparme de un delito. Pero también puedo pensar sobre lo hecho, aunque tenga el más claro y confeso propósito de repetirlo en cuanto me sea posible. Y cuando pienso, ya no me interesa que haya o no quien siga participando de la vieja creencia; porque no existen las cosas o los dioses y su acción sólo por el hecho de que se crea en ellas. Al pensar descubro —y eso me parece importante— hasta qué punto son efímeros los programas humanos, aun aquellos que aspiran desembozadamente a la eternidad. Y sobre la caducidad y perennidad de lo que se estatuye como inconmovible, se abre un margen para el análisis que no voy a llenar ahora. Basta con que me refiera al hecho concreto.

En tal sentido, vale adelantar que la visita a una tumba egipcia no resulta excitante por el hecho en sí; no conmueve porque se está violando un orden establecido milenios atrás. Tampoco es penosa en general y salvo para el caso de las pirámides. Además cabe agregar que, sin necesidad de tener exceso de temple en los nervios, se llena fácilmente el propósito. Aunque no siempre haya buena instalación eléctrica en su interior; aunque se deba seguir el rastro brillante de algún farol que guía, en manos del fellah encargado de la vigilancia y dispuesto a permitir y mejor habilitar la satisfacción de nuestra curiosidad.



Interior de una tumba micénica, desarrollo del sistema neolítico de corredor. Fue refugio de pastores por mucho tiempo; cuando se le otorgó entidad arqueológica estaba totalmente despojada; se la conoce con el nombre de "Tesoro de Atreo"; puede ser, si usted quiere, la última morada de un héroe homérico.



Respaldo del trono de Tutankamon, parte de su ajuar funerario, actualmente en el Museo del Cairo.

Los viejos egipcios cuidaron hasta extremos insospechados, la mantención del hermetismo. No sólo utilizaron materiales de insólita dureza y asegurada durabilidad; también ocultaron los accesos usados y hasta llegaron a sustraer de la vista de todos, la ubicación de algunas tumbas. Por fin, usaron la magia para que su efecto terrible persiguiera a quien alguna vez osara transgredir la ley impuesta.

Pero las tumbas están hoy clasificadas por su interés de visita turística, por su seleccionada calidad paradigmática; se las ha acondicionado para una mejor observación y se las explota desde los puntos de vista cultural y económico. Nadie que vaya al Egipto dejará de frecuentarlas si puede. No han sido hechas para contemplación del hombre vivo; no se pensó nunca en eso; no obstante soportan hoy blandamente, un destino bien opuesto. Pero la violación de los recintos empezó mucho antes, cuando la preocupación económica primaba por encima de toda otra; más adelante fue el interés científico el que orientó esa intrusión con la garantía de ser dispuesta como trabajo de investigación. Esta calificada preocupación llevó muchas veces al sorpresivo hallazgo del previo adelanto de otros despojadores; que no había por tanto, hallazgo verdadero de momias o de piezas arqueológicas o artísticas o artesanales, o que se encontraba el tesoro muy menguado. La tumba de Tutankamon pudo considerarse como excepción; cuando la expedición de Lord Carnavon penetró en ella, halló que el ajuar mortuorio estaba completo. Pero luego se supo que había habido violación de la misma en pleno periodo faraónico —porque los ladrones no fueron sólo los romanos contrariamente a lo que afirman los guías—; se supo, también que, hallado el tesoro en seguida de descubierta la fechoría y apresados los aprovechados primeros visitantes, volvió a equiparse el recinto inconcluso con juicioso orden y se impuso tal castigo a los convictos que por siglos quedó borrado de todo recuerdo el lugar donde estaban los restos del faraón.

Ese tesoro que ocupa todo un ala superior del gran Museo de El Cairo es hoy la mejor credencial en el plan de sus atractivos. No sólo es magnífico; también está nimbado de misterio. La maldición que pesaba como previsión intemporal desde entonces para los que no respetaran el sacro cerramiento del sitio fue cumpliéndose extrañamente; también fue cuidadosamente documentada y ventilada con amplia satisfacción periodística cuando a las víctimas ya no podía disgustarles el comentario o la interpretación de ese aspecto de su hazaña.

o

Aunque, repito, todo estaba dispuesto para ser escamoteado de las contingencias sensoriales de los vivos y pensado para una eternidad que no nos incluía sino a un plazo largo y no respetado para la experiencia, los egipcios habían clasificado muy bien las cosas; todo estaba escrito e ilustrado. Claro que eso se hizo por las mismas razones que llevaban a desconcernos como contempladores y si esto no se entiende bien, más vale enterarse por cualquier manual de historia antigua. Lo traigo a colación sólo para recordar por qué circunstancia resulta fácil filiar antecedentes y fijar históricamente los monumentos.

En la Argólida, en la parte sur de Grecia, las cosas se hicieron de otra manera. También las creencias y las circuntancias fueron distintas. Pero si no había tal preocupación por la constancia de los hechos, si no se imponía al muerto el expediente pétreo, — terrible balbuceo de una pesadilla kafkiana—, los helenos cultivaban la leyenda; la imagen poética de los acontecimientos, transformada en conseja, lograba su propia vida, más convincente que el documento.

Agamennon, Clitemnestra, Orestes, todos los personajes de los tiempos heroicos estaban tan presentes en la imaginación de los investigadores arqueológicos, como hoy en la de quienes las frecuentan o aspiran a hacerlo. Sólo se necesitaban tumbas; los nombres de sus ocupantes posibles se podían claramente partiendo del texto de la leyenda. Pero también partiendo del texto de Eurípides, el año pasado se encontró el recinto mortuorio de Ifigenia. Y éste fue un hecho científico.

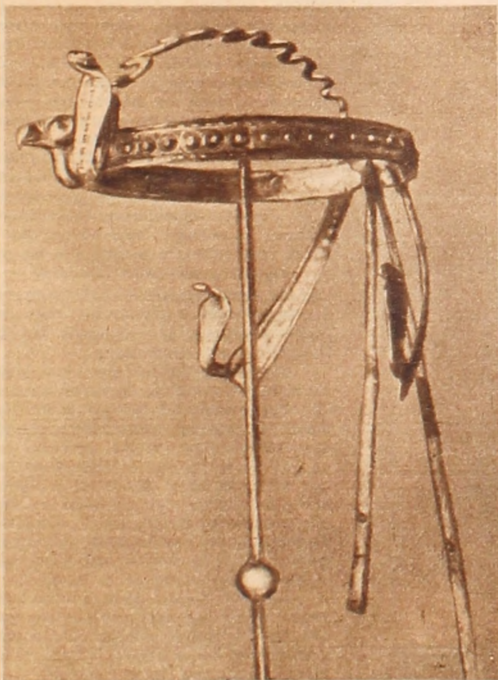
También hay quien se preocupa por confirmar orígenes; por documentar, desalojando a aquellos personajes, de los sitios necrológicos que la fuerza de la leyenda, les había atribuído. Creedme que eso sí es impío. ¿Qué importa al fin, para la consideración de las gentes, la más justa precisión de destino de un sitio del pasado? Sobre todo cuando, como en el caso, no altera el conocimiento histórico y excita a la imaginación como trueque. No debemos de olvidar que, en este plan de intrusiones, un fantasma ilustre, habitante de esos sitios, resulta más decente que un turista, violando sin saberlo, previo pago de una entrada.

Fernando **GARCIA ESTEBAN**

(Especial para EL DIA.)



Turistas visitando una mastaba egipcia; dentro existe una buena iluminación eléctrica; de todos modos, el recinto es intrincado y conviene atender al guía.



La diadema de Tutankamon; también en el Museo del Cairo.



Aspecto parcial de la Necrópolis de Sakarah, en el Egipto, sitio de gran atractivo turístico.

HOMENAJE NACIONAL A DON JO



"Es extraordinario. Batlle no tiene artic·ulaciones. Es un dorso de montaña".

MODESTO GUGGIARI.
(ex-Presidente de Paraguay)

"Y llegará, en efecto, un día, en que los bandos habrán desaparecido, y la crítica histórica, desdeñando pequeñeces de momento, aplaudirá, sin prejuicios, al sembrador de ideas.

. . . .

La historia futura hablará de él; y con lenguaje de gratitud, dirá que rompió viejos moldes, a despecho de la ignorancia y la rutina; creó nuevas formas adaptables a las aspiraciones — siempre invasoras — del espíritu humano; fue el guía, decidido y activo, de los ya iluminados, iluminador de los indecisos, evocador de magnas visiones que sólo asustaron a los pequeños, y explorador de sendas amplias y fáciles para todos".

LEONCIO LASSO DE LA VEGA.





"Es profundamente lamentable que usted abandone la política. Mucho es de temer que con tal resolución suya desaparezca de nuestro ambiente, quién sabe por cuanto tiempo, ese mundo de ideas que Ud., entendiendo cumplir un sagrado deber, ha difundido siempre generosa y sinceramente y con un inmenso amor por el país y una abnegación que no todos han sabido comprender". (De una carta de 1916).

AMERICO RICALDONI.

"Comprobé con alegría que la República del Uruguay, bajo una dirección firme, previsora y leal, hace un hermoso esfuerzo de democracia y de progreso social". (1911).

JEAN JAURES.



. . ."antes que los otros (pueblos) el Uruguay apuntó a los arquetipos platónicos de la cultura, a la hora misma en que Batlle pleiteaba una democracia ensamblada con realidades económicas".

GABRIELA MISTRAL.



. . ."coloco ahora por encima de lo que nos separaba, lo que nos acercaba.

Enjuiciándolo con objetividad y no como un panegirista sin reparos escribí (en "La revolución del machete"): "Fue un renovador de la política uruguaya. Nadie ha de desconocer que su paso por la historia del Uruguay fue el de un recio removedor de ideas y de pasiones".

EMILIO FRUGONI.



"La obra de este estadista, por sus proyecciones en el ámbito nacional, da a su personalidad relieves que van más allá del medio dentro del cual actúa el hombre de Partido".

LEOPOLDO C. AGORIO.

EL itinerario cívico de Batlle alcanza para
es, como sostenía Carlyle, "la historia de
ductores de muchedumbres, forjadores, modelo
intentó efectuar o lograr la humanidad", Batl
para el inglés, incorporándose por derecho pro
que como en un altorrelieve integran el friso

De índole tempestuosa, Batlle domó sus
las parcialidades que oscurecen el juicio y el
no. Los conductores no pueden ser blandos, por
espíritu templado a la vez en la fragua del s
chispa de fanatismo, nadie pudo nunca poner

Fue afirmativo para construir. Romántico
debilidades, justiciero sin dureza, tuvo la ilum
Si contemporáneos de Batlle le llamaron el C
talentos políticos de más relieve y representaci
parangonarse, entre la raza sajona, con la form
Lincoln, redentor de esclavos.

Se han cumplido más de cien años de su n
zada estructura legislativa y un progreso social
numento que atestigüe su posteridad en la m
gado civil. Un monumento que como signo visil
gratitud ennoblece, y que los pueblos que, sob
saben reverenciar al pasado y a los próceres qu

Figuras prominentes europeas y american
justicia, desinteresada de todo compromiso parti
monio de algunos adversarios ideológicos, porqu
pecial significado la proyección NACIONAL de
voluntario de la ciudadanía.

Del mismo pueblo por cuyo bienestar y p
veladamente desde la juventud, nacerá el con un
dad útil, además del carácter conmemorativo. Su
mente al gran luchador: un recinto-biblioteca e
samiento civilista que fue, en suma, la tónica fu

El hecho de que el movimiento se encauce
que corre del siglo en el cual el Partido Colorad
bólico a la índole del homenaje y reitera la fe d
por encima de divisiones y credos diversos na
democracia que no impone igualaciones coactiv
trario, que de la controversia de criterios resulta
la mejor convivencia de la República.

La contribución de todos los uruguayos en
fondos necesarios, será así la exteriorización de un
unánime de ciudadanos formados en el culto de
a la Patria, en una tierra abierta a todos los ho
mente la bandera de la Libertad.

(Especial para EL DIA).

BATLLE Y ORDOÑEZ

LA PRIMERA DONACION

El mérito de abrir la colecta nacional, corresponde a una distinguida y culta dama ya fallecida, la Prof. Srta. María Graciosa Saint-Ges (1862-1951), que dispuso por testamento la suma de $ 10.000 para el monumento que un día habr'a de levantarse en memoria de Batlle; suma que con sus intereses acumulados, está depositada desde su muerte, en el Banco de Seguros del Estado. Cabe señalar aquí el gesto generoso y previsor de aquella mujer altruísta.



LLAMAMOS SU ATENCION SOBRE EL SENTIDO NACIONAL DEL MONUMENTO

El monumento, dispuesto por Ley del 7 de junio de 1956, propuesta en la Cámara por el Senador González Conzi, resultará de un llamamiento a concurso internacional, cuyo resultado se sabrá muy pronto, y abarca los servicios siguientes:

1 — Hall para público.
2 — Pequeña portería.
3 — Vestuarios y servicios higiénicos para ambos sexos.
4 — Biblioteca y Sala de lectura.
5 — Sala de depósito y clasificación.
6 — Sala de encuadernación y reparación.
7 — Cuatro a seis ambientes de estudio que podrán fusionarse con la sala.
8 — Sala de Actos para 500 personas con estrado para el conferenciante y pequeña salita para el mismo.
9 — Salita para equipo proyector.
10 — Estacionamiento para vehículos.



El costo aproximado se calcula en tres millones de pesos. Suma exigua si se compara con el beneficio millonario a que la magna obra de Batlle, ejemplo de honradez y rectitud, equivalió para el Uruguay, al construir PARA TODOS y brindar A TODOS el libre goce de los mismos derechos, anteponiendo a cualquier interés de Partido, los intereses fundamentales de la República.

El monumento, que conjuga lo arquitectónico y lo escultórico, tiene en sí mismo la doble finalidad de exaltar la memoria del Reformador, y siguiendo las preceptivas que inspiraron su ejecutoria, no sólo ser una concepción simbólica, sino brindar utilidad colectiva, al convertirse en biblioteca y centro de actos públicos, donde el pensamiento de Batlle y los valores de la cultura tengan una cátedra permanente.

Estará emplazado en un parque eminentemente popular, el Parque Rodó, a espaldas del Teatro de Verano, y el escenario natural de la playa que lo bordea lo encuadrará adecuadamente.

OBRA PARA TODOS FUE LA OBRA DE BATLLE

OBRA DE TODOS DEBE SER EL MONUMENTO QUE LO GLORIFIQUE EN EL PORVENIR

Carácter. Si la Historia Universal
des Hombres, puesto que fueron con-
cierto aspecto, creadores de cuanto
ra resultado un prototipo admirable
naje de protagonistas imperecederos
Héroes".
y las engrilló a su voluntad, evitando
e ofusca, a la hora de elegir un cami
ilpir el destino de una nación exige
de la energía modeladora. Sin una
s a una idea.
ción, fuerte sin despotismo, tierno sin
ondición profética de los visionarios.
au de América, ubicándolo entre los
a raza latina, su estatura sólo podría
presencia constructora de un Abraham

ito, y en el país al que dio una avan-
dos en el continente, falta aún el mo-
de los hombres que recibieron su le-
recuerdo, demuestre que también la
dose a divergencias momentáneas.
altecieron, es dueño de su porvenir.
on ayer y dicen hoy su palabra de
Recogemos particularmente el testi-
palabra cobra una magnitud de es-
mento que se erigirá con el aporte

material y moral luchó Batlle des-
uitectónico previsto para una finali-
ces culturales complacerían indudable-
al alumbre como llama votiva, el pen-
ntal de su ideario.
e forma ejecutiva en el único tramo
iene el poder, confiere más vigor sim-
propulsores en la adhesión colectiva,
de la misma y natural índole de una
opinión pública, y cree por lo con-
stimulante la solución armoniosa para

mpaña que se inicia para recaudar los
elo común, el impulso comprensivo y
y y la Justicia, del respeto y del amor
s del mundo, donde se alce perenne

Dora Isella RUSSELL



Del esfuerzo coordinado del hombre y los instrumentos, resultan los datos esenciales para que el aviador tome precauciones ante los cambios atmosféricos.



El Observador de guardia mide los elementos del tiempo y controla el baroaltímetro, con lo cual el piloto sabe la altitud de vuelo.

EN LA OFICINA METEOROLOGICA PRINCIPAL DE CARRASCO

HABLEMOS DEL TIEMPO

NINGUN tema como éste para entrar en conversación. Ninguno más impersonal y menos comprometedor. Los ingleses adoran el tópico, que les proporciona asunto para hablar cuando no tienen sobre qué hablar, e incluso para hablar cuando no quieren decir nada.

Hablemos, pues, del tiempo. Que para los uruguayos se ha vuelto, como para los ingleses bien educados, tema favorito, pero sobre todo para bromear a sus expensas como no se atrevería ningún británico de respeto. Porque este año inclemente, nos ha mostrado el ceño con harta frecuencia.

Y fuimos a la llamada "Oficina Meteorológica Principal" que funciona en el Aeropuerto de Carrasco, para asistir a la sincronización de observaciones y cálculos que conducen a la predicción del tiempo. Una mañana neblinosa algodonaba las pistas de aterrizaje, y las condiciones desfavorables de vuelo eran evidentes. Pilotos y agentes de operaciones de las compañías aéreas, esperaban; esperaban los pasajeros y los amigos que habían ido a despedirlos; esperaban inmóviles los aviones. Porque el informe meteorológico indicaba: "Techo - Cero; Visibilidad - Cero". Y la partida era peligrosa.

Dentro de la oficina, una actividad cruzada de consultas y manipuleo de aparatos, daba la medida de la tensión causada en los ánimos por la situación que creaba el mal tiempo. Y a pesar de la tarea, el Inspector Técnico, Sr. Orfilio B. Rodríguez, halló gentilmente la manera de explicarnos los alcances de esa dependencia. Nada menos que predecir el tiempo: un oráculo servido por instrumentos de precisión y funcionarios con experiencia...

Entre aparatos indicadores de la presión atmosférica, la temperatura, la humedad, la dirección y fuerza del viento, van naciendo informes, Cartas de Tiempo, mapas especializados, boletines que parecen cifrados —y sí lo son, pues o que se trata de mensajes escritos según códigos radiotelegráficos. Es un pequeño mundo desconocido, poco divulgado y lleno de interés, en el que un reducido contingente de hombres estudiosos aplica sus conocimientos en forma anónima y sacrificada —¡para qué hablar del sueldo magro, del personal escaso, de los instrumentos que se gastan y deben suplirse a fuerza de ingenio! —Entran y salen, presurosos, empleados de otras secciones, aviadores, oficiales, controladores de tráfico aéreo, en procura del informe indispensable: el estado del tiempo. Niebla y llovizna oscurecen el horizonte, y los empleados de la Oficina Meteorológica aguardan el zumbido familiar de la desgastada teletipo que desde la Estación Radiotelegráfica del Prado, transmite velozmente los datos esenciales, recibidos por ella, desde la Antártida al Ecuador, de cientos de estaciones similares, que trabajan sobre un plan internacional resultante de Conferencias Regionales de Navegación Aérea y Meteorología. Sobre mapas del tiempo, que abarcan la América del Sur con los océanos que la rodean, el Predictor de guardia va poniendo, como banderitas de batallas en un plano, los símbolos y cifras que representan los distintos elementos. Traza isobaras (nos acordamos de las arduas explicaciones liceales de Roubaud y de Etchecopar para iniciarnos en estas misteriosas sabidurías que les costaron bastantes reniegos); ubica centros de altas y bajas presiones (también motivo de insistentes porfías entre profesor y alumna); emplaza centros fríos y calientes, asocia fenómenos relacionados con ellos, estudia desplazamientos en el tiempo y en el espacio; y con todos esos materiales, prepara pronósticos especiales para la aeronavegación; una ajustada tarea técnica, para un fin delicado, porque en el extremo del mismo pende de un cálculo bien o mal hecho, la vida humana. Esos pronósticos vuelven a redactarse en claves internacionales, que difunde la Estación de Radiocomunicaciones del Aeropuerto, así como los servicios locales de tránsito aéreo y las agencias de las distintas compañías.

Cerca del Predictor del tiempo, en la sala contigua, el Observador de guardia atisba el espacio, nubes, visibilidad, estado de la atmósfera; mide los elementos del tiempo, con aparatos veteranos que a ve[ces] se reparan nada más que con buena [vo]luntad, y prepara un Boletín inmediatam[en]te difundido dentro del Aeropuerto y [a] todos los aeropuertos vecinos.

Y con esa volubilidad nerviosa que ú[lti]mamente caracteriza, como a una "pri[ma] donna", a nuestro clima, cambian de g[olpe] las condiciones del cielo. La niebla se [re]tira; y el Observador emite de inmedi[ato] un Boletín Especial, que alivia la larga [ex]pectativa y desata las actividades [pre]paratorias para la partida inmediata de [los] aviones.

La labor de la Oficina Meteorológica Pr[in]cipal de Carrasco es constante y supone u[na] concentrada disciplina y un alto sentido [de] responsabilidad. Nos entera el señor R[o]dríguez de que dicha Oficina, si bien depe[nde], naturalmente, de nuestro Estado, p[or] el carácter de sus funciones pertenece p[or] convenio internacional a todos los país[es] y recíprocamente los de otros al nuest[ro], pues el cometido de ellas no queda delin[ci]tado por fronteras geopolíticas, dado q[ue] la atmósfera es ámbito común.

Miramos con simpatía a estos funcion[a]rios meritorios que, con remuneraci[ones] [es]casas y luchando con materiales vencidos menos, reemplazan con su dedicación y su entusiasmo las desventajosas condiciones en que trabajan para cumplir eficazmente su tarea.

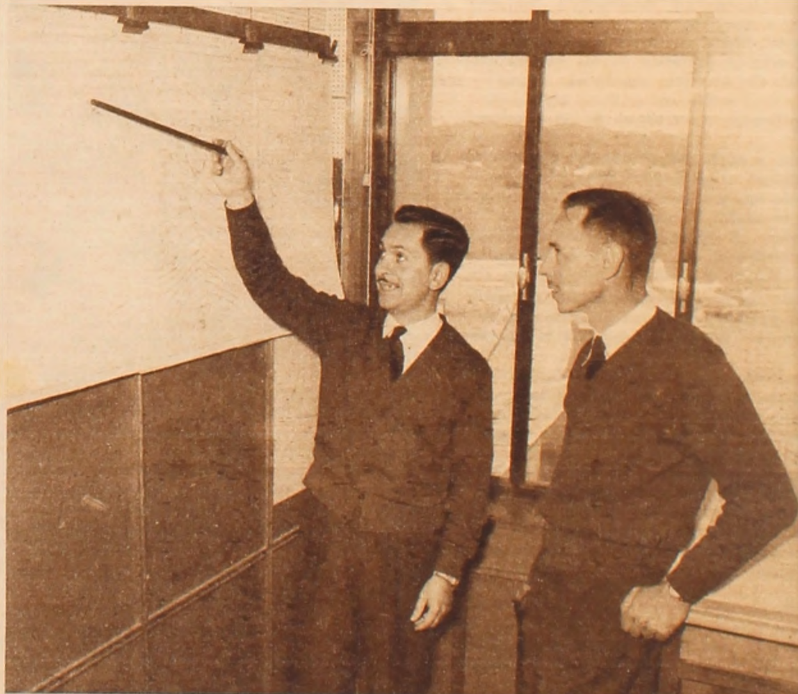
La dependencia entre el tiempo y el hombre se palpa en la preocupación de estos investigadores anónimos, que miran el cielo y miden el viento, interrogan a las nubes y escrutan el horizonte, para que los viajeros del mundo cumplan sin peligro la aventura del aire. Pocos saben —y acabamos de aprenderlo porque tampoco lo sabíamos— que la pregunta elemental y tan repetida desencadena una activa coordinación de factores técnicos e individuales: "¿Qué tiempo hay hoy?"

¡Cómo se simplificaría la respuesta, si los pilotos pudieran atenerse a un proverbio tibetano que leímos hace mucho y —vaya a saberse por qué— no olvidamos nunca:

"El buen tiempo y el mal tiempo están dentro de uno, no fuera"!

Dora Isella RUSSELL.

(Especial para EL DIA.)



Frente a mapas sinópticos, el Predictor de guardia explica la evolución del tiempo.



Gaucho—Hombre sin hogar. Así lo definió Blanes que tan bien lo retratara.

SOBRE LA ETIMOLOGIA DEL VOCABLO "GAUCHO"

ARTICULO - SINTESIS

VARIAS veces hemos señalado la diversidad de opiniones y conjeturas que sobre el tipo gaucho, sus orígenes y sus características, se han presentado y el antagonismo existente entre las mismas. Si esto ha ocurrido con el hombre no muy diverso ha sido lo acontecido con el nombre y ambos fenómenos están lógicamente inter-relacionados. Si al primero se le ha exaltado como a un héroe o se le ha condenado como a un criminal, su denominación, lógicamente, ha recorrido, en el campo de la semántica, todas las sendas desde lo francamente despectivo a lo más virtuoso. Así se ha dicho que gaucho equivale a ladrón, cuatrero y vagabundo o que significa buen amigo, hombre generoso, valiente, guerrero. Con tales cambios de temperatura en el campo de la historia, la sociología y la etnografía y aún más en la lingüística desde el punto de vista de la semántica; es fácil suponer lo que se podría conjeturar en el terreno de la etimología, mucho más propicio, mucho más libre y más amplio para dejar correr libremente la imaginación y no poco la arbitrariedad en la construcción de una hipótesis.

Hemos hecho un largo estudio del problema con el resultado doblemente significativo de haber podido, en el aspecto bibliográfico, recoger 52 ensayos etimológicos entre hipótesis originales y variantes de las mismas, con una enorme pléyade de autores, y por otro lado arribar a la conclusión de que sólo dos, nada más que dos se conservan en pie, frente a lo que consideramos análisis serio y bien orientado.

Una de ellas en la cual no nos detendremos, es una de las más conocidas, pues es la que mereció la atención de un mayor número de autores, que hace derivar gaucho del vocablo "guacho", (huérfano, borde, ilegítimo) por metátesis vocálica en el diptongo: UA = AU, guacho = gaucho.

La otra, la que vamos a exponer y justificar brevemente, ha sido poco difundida y descartada sin profundizar en sus posibilidades. Fue insinuada por Paul Groussac, entrevista tal vez por Ernesto Quesada, esbozada parcialmente por Costa Álvarez, pero señalada en verdad primero, con indudable perspicacia, por nuestro compatriota, el que fuera vate criollo de valía, el sanducero Juan Escayola ("Juan Torora") —Revista "Cimarrón", Año 1, Nº 5, abril 25 de 1936, pág. 9. —y es la que señala que el vocablo existía en la lengua castellana, con sentido diverso del rioplatense y que vale tanto como: alabeado desnivelado, el defecto de una superficie gaucha; vocablo tomado del francés *"gauche"* con el mismo valor, usado en marina, arquitectura, carpintería, etc.

Escayola, señala muy bien el defecto de las otras hipótesis: "Se han dedicado a buscar la etimología de la palabra en su sentido genuino y primitivo, cuando lo que debieran buscar es el motivo de su aplicación en otra acepción de sentido figurado". Agregamos, se prefirió inventar neologismos con tal de ignorar la lengua madre, como ha sucedido con tantos pretendidos americanismos de los indigenófilos a la fuerza.

Esta parece ser la más lógica y razonable de las etimologías presentadas. El estudio histórico-documental, en especial del siglo XVIII —el siglo del gaucho— nos permite afirmar que a este tipo europeo en regresión, fundamentalmente adaptado a una primitiva economía ganadera se le calificó sucesiva y simultáneamente, en el tiempo, de: *vagabundo* o *vagamundo*, *changador*, *gauderio* y *gaucho*. Todos estos vocablos siguen una misma línea semántica, quizá la excepción sea *changador* que es más bien calificativo que señala profesión u oficio.

Los otros (y el gauderio, portugués, es terminante) señalan su condición de errabundo, vividor, acostumbrado a servirse de lo ajeno para su provecho, cimarrón, apartado del orden, sin ley y sin Rey.

Son pues, todos, adjetivos calificativos despectivos. Gaucho también lo es. Diccionarios y vocabularios españoles, nos permiten afirmar que su significado y aplicación en castellano que corresponde totalmente con el francés *gauche*, natural y figurado, es la siguiente de acuerdo con la sinonimia:

gaucho — el defecto de una superficie gaucha = desviado = declivis.

declivis = declive o declivio = declinación o decadencia (de una raza o clase social).

declive = desviación (moral) = descarrío = extravío.

desviarse = vagar = senderear = desencaminarse o perderse de la buena senda de la moral y las costumbres.

Con este último sentido figurado o familiar de *desencaminado*, perdido de la sociedad, vagabundo y montaraz, *descarriado* o *desertado*, es que se aplicó el vocablo al tipo social rioplatense.

¿Demasiado culto o demasiado técnico?

No, si se recuerda que el vocablo no es de uso popular, que es siempre despectivo, que nunca fue autoaplicado ni aceptado por los propios hombres de campo y que fundamentalmente al ser de uso en marina, bien pudo, como tantos otros, adoptarse de esa parla al lenguaje rioplatense. Como ocurrió con tantas otras palabras y ha sido estudiado por diversos autores, fue grande la influencia del habla de mar en nuestros vocabularios rurales. Por otra parte, es menos de extrañar, sabiendo cuantos *desertores* de la marina formaron entre la naciente clase gaucha, con la indignación desabrimiento y desesperación de sus capitanes y de las autoridades coloniales, que bien pudieron entonces aplicarles el calificativo. Si esto no bastara, recordemos que por la época de la aparición del vocablo escrito en el Plata, o sea la segunda mitad del siglo XVIII, andaban por nuestra Banda, que es donde aparecen primero, diversos ingenieros de obras y demarcadores de límites —que también eran ingenieros o marinos— así como maestros carpinteros para las obras de fortificación y construcción de nuevos pueblos, agrimensores, etc.; que bien pudieron aplicar el vocablo a aquellos vagabundos de campo, a los que tan bien les caía el adjetivo.

Esta es, a nuestro leal saber y entender, en total acuerdo con los hechos históricos y el valor semántico, hasta tanto no se demuestre lo contrario, la de mayor valor y probabilidad entre las hipótesis etimológicas de gaucho.

Arribamos a las conclusiones precedentes que como indicamos en el sub-título son síntesis de un amplio trabajo sobre el tema: "Gaucho, el tipo social y sus denominaciones" basados en nuestras minuciosas investigaciones en los archivos de nuestro país y la Argentina, que esperamos confirmar plenamente con indagaciones ya iniciadas en España en los repositorios documentales de marina, arquitectura, etc. La explicación de que el vocablo haya desaparecido con su valor primitivo, conservando el uso rioplatense algo alterado, de los diccionarios y vocabularios españoles modernos, es muy simple, se le acusó de una tremenda herejía, o vicio de nacimiento: galicismo, de ahí su expulsión con ese significado antiguo, primero del diccionario de la lengua y sucesivamente de los demás. Por otra parte la variación de su uso en el Río de la Plata durante el siglo XIX y en especial por influencia de la literatura gauchesca en el presente, hizo que su valor primitivo acabara por perderse de vista y velara aún más el ya lejano horizonte de su verdadero origen y significado.

Fernando O. ASSUNCAO.

(Especial para EL DIA.)

(Rep. óleos J. M. Blanes: "Dos caminos" y "Escena campera". Col. O. Assunçao.)



Cruzadores de la tierra, sus sendas perdidas se encontraban, de vez en vez, en el llano barrido por el pampero.

AL INTERNARSE EN EL SUEÑO

El dormir y el despertar constituyen una actividad cíclica que encuentra muchas réplicas en la naturaleza, como el rotar de los días y las noches, siembra y cosecha, el eterno retorno de las estaciones. La naturaleza se repite pero nunca se detiene. Y nuestros estados de conciencia e inconciencia se suceden día a día.

Hay dos sistemas que como aurigas se instalan en el organismo e imprimen el ritmo de nuestras vísceras en el estado del sueño y la vigilia. Ellos son el sistema parasimpático, que actúan principalmente como freno y el simpático que es el que ejerce las funciones de acelerador. De su juego combinado depende nuestro equilibrio orgánico. Pero en tanto uno predomina en la vigilia, el otro impone su supremacía durante las horas de reposo.

Así es que el simpático es más eficaz durante el día. Prepara el organismo para das, interpretadas y registradas en el torreón correspondiente, que se encuentra en la parte trasera de la ciudadela, precisamente encima de la nuca. Allí el grupo especializado en esta función complementa la función ocular. Si algo les ocurriera, en vano registrarían las potentes cámaras oculares las imágenes circundantes, el torreón inactivo nos sumiría en las tinieblas.

Tiene la mencionada ciudadela instalados a sus costados dos dispositivos que aprisan el sonido, que es en seguida interpretado en las zonas correspondientes.

Incesantemente llegan al castillo millares de mensajes codificados en impulsos eléctricos que son clasificados y contestados al instante.

Llegan por la vía sensitiva mensajes internos o externos, y parten por la llamada vía motora que es la que ordena acción y pone en juego los ejércitos musculares.

inventos y todo impulso creador se realiza con una corriente equiparable a 1/20 de la corriente de una linterna. Y con ella el cerebro y sus innumerables neuronas desarrollan una actividad como miles de centrales telefónicas, recibiendo y emitiendo mensajes sin cesar.

¿Cómo podríamos captar qué es lo que sucede cuando a esta febril actividad sucede el reposo del sueño?

El indio, para advertir la proximidad de sus enemigos, acercaba el oído a la tierra y el retumbar de los cascos le transmitía la información deseada a través del suelo.

No hay oído suficientemente fino para auscultar el cerebro.

Mediante uno de los descubrimientos más cotizados de nuestra medicina moderna, el electroencefalógrafo, se ha podido detectar qué es lo que sucede dentro de la ciudadela craneana.



Hermanados en el sueño

entrar en acción, el pulso nos trae el eco de un corazón en plena actividad latiendo con energía, presto a suministrarle al organismo toda la vitalidad que requiere para las diversas tareas y el esfuerzo que ellas exijan.

Los pulmones, como húmedos bancos de coral, se llenan al rítmico fuelle del tórax, del oxígeno vitalizador, presto a acelerar su función si el esfuerzo lo demanda. Pero por la noche el parasimpático toma las riendas e imprime al corazón un trotecito suave como para no turbar el reposo del gran Jefe, el cerebro. La respiración también enlentece su ritmo y aumenta su amplitud, las inspiraciones son más largas y las expiraciones bruscas y prolongadas.

Y no falta algún durmiente en el que la disminución de tonicidad que se produce en el velo del paladar, dé origen a roncos silbidos, que los asemejan a pequeños barquitos que perdidos en la neblina del sueño hacen sonar sus sirenas.

¿A qué podríamos comparar un cerebro que se está adormeciendo?

Imaginemos una enorme ciudadela en cuyos torreones habitan 13.000.000.000 de seres denominados "neuronas". En cada torreón bajo el nombre de "áreas", actúan por control remoto sobre un extenso territorio, neuronas especializadas para determinada función. Su maravillosa precisión y eficacia, la armonía en que trabajan entre sí y en colaboración con los demás departamentos cerebrales, hace que tengamos la ilusión de unidad y todo su afanoso trajín nos pase inadvertido.

Posee esta ciudadela dos enormes ventanales a los cuales asoman como dos poderosos lentes, los globos oculares. Girando de un lado a otro registran diez miradas por segundo. Como dos cámaras sincronizadas, que proyectan una sola imagen estereoscópica, y se ponen en foco automáticamente día a día captan con sus 137 millones de elementos visorios, imágenes que transformadas en pulso eléctrico, van a ser revela-

Todo se proyecta en una pantalla interior donde la conciencia reune los datos, los agrupa, les da sentido e interpreta, extrae conclusiones, y se vale de todo ese material para la máxima producción. Crear, predecir, inventar.

Pero si tan abrumadora tarea se mantuviera sin interrupción, esos misteriosos, eficientes e infatigables habitantes, las neuronas, morirían extenuados por el esfuerzo.

Por un anchuroso camino con acceso en varios niveles se entra a la ciudadela, como todo tráfico tiene dos "manos"; por una sube el tráfico sensitivo, por otra bajan los mensajes motores. Millares de ellos afluyen de todas partes de los territorios, al aproximarse a la ciudadela se encuentran con una construcción que establece una verdadera red de control de las comunicaciones con la fortaleza y de los más apartados territorios de este fantástico reino.

Su forma de red le ha dado el nombre de Formación Reticular.

Su función más importante se ha podido establecer en los últimos tiempos por investigadores de Italia y los Estados Unidos. En el año 1949 Magoun y Moruzzi comprendieron el papel que la naturaleza había asignado a esta porción del cerebro.

Siguiendo con nuestra alegoría, desde esta construcción se controla la actividad de la ciudadela. La jornada ha sido intensa. Desde la formación reticular se aflojan las tensiones. Las delicadas cortinas bordeadas de sedosos flecos caen pesadamente sobre las inquietas cámaras fotográficas, los distintos torreones o áreas de la ciudadela cerebral se van sumiendo en la penumbra y el silencio, no todas lo hacen al mismo tiempo, y ello da distintos niveles a la profundidad del sueño.

La célula nerviosa ha sido comparada hasta cierto punto con una pila eléctrica. Su función reviste un carácter electroquímico y la carga la producen dos sustancias, el sodio y el potasio. Pero, ¡en cuánto nos supera la naturaleza! Las obras de arte, los

El pulso eléctrico que emite el cerebro, amplificado en diez millones de veces, nos revela en sus características la muchedumbre de células nerviosas en reposo o en actividad.

Toda la sensación que llega al cerebro desata una verdadera tormenta eléctrica.

Las neuronas sacudidas por el impulso reciben, transmiten sus mensajes y sus ramas se conectan las unas con las otras y a través de ellas afluye la savia energética de nuestro pensamiento.

Cuando los estímulos se hacen cada vez más escasos, el bosque aquieta sus ramas y el ritmo eléctrico del cerebro cobra las características del sueño. Todo esto nos lo relata el electroencefalógrafo. Pequeñas chapitas adosadas a los muros de la ciudadela captan y transmiten hacia los amplificadores el ritmo conjunto de todas las neuronas orquestadas, en el trabajo, aquietadas en el sueño o perturbadas por la enfermedad.

¿Cómo nos revelan ellas el oscurecimiento y cese de la vida consciente y la depresión de la actividad cerebral al sumirse en el sueño?

Van apareciendo al comienzo en el registro, ondas lentas y de vez en cuando irrumpen otras más apresuradas que nos denuncian que en ciertas áreas todavía se está trabajando y a medida que éstas se van poniendo inactivas, se va modificando el electroencefalograma y se reconocen así distintas fases del sueño.

Existen varias gradaciones que nos informan cómo la conciencia se va sumiendo en el océano del sueño, como el sol que paulatinamente se va ocultando en el horizonte, hasta sumirse en la noche de la completa inconsciencia.

La primera fase de un adormecimiento ligero, es aquel estado en el cual pasamos insensiblemente de la vigilia al sueño, ese meridiano nebuloso al cual somos impulsados a transgredir, estimulados por la fatiga o el tedio.

Ubiquémonos en una sala de conferencias: el disertante de voz monótona falla en mantener vivo el interés del auditorio, un señor va dejando caer pesadamente los párpados, su cabeza se inclina y la señora discretamente le administra un codazo. Sobresaltado, el señor abre los ojos, mira a su alrededor a ver si alguien más notó su defección de la multitud auditoria y se reintegra a su actitud de expectación. Si estuviera conectado con el electroencefalógrafo veríamos en su trazado que en ese instante de breve adormecimiento, pasó ligera una reducción del ritmo del estado de vigilia y la aparición de ondas lentas. En este instante se está como flotando en una suave sensación de liberación. Este estado al cual nos lleva la monotonía, es sumamente peligroso cuando se está en una carretera. El encontrarse varias horas en la misma posición, sin nada que sacuda y ponga en alerta nuestro espíritu, ha sido la causa de muchos peligrosos adormecimientos sobre el volante.

Cuando uno se va internando más en el sueño, aparecen sobre el cerebro numerosas ondas lentas alternando con otros ritmos más rápidos de una frecuencia de 14 ciclos por segundo, que pueden denunciar que estamos soñando y esta función asume a veces caracteres protectores para impedir que factores extraños interrumpan nuestro descanso. Es así que se gesta una confabulación que disminuye la urgencia del reclamo y evita que la conciencia se despierte para satisfacerlo.

Veamos lo que frecuentemente ocurre en el niño. La madre, al levantarlo del lecho advierte que las sábanas están húmedas. Se las muestra acusadoramente al niño y éste con sus grandes ojos absortos, trata en vano de explicarle.

— Pero mamita, yo soñaba que...

Pero si estamos sumidos en las profundidades del reino de Morfeo, no se sueña, el reposo cerebral es absoluto. Las ondas cerebrales casi han desaparecido, desde aquellas formaciones reticulares se controla que en todas las áreas de la ciudadela reine el silencio, la vida entra en un estado vegetativo, se mantienen sus funciones vitales enlentecidas y, como vigilante sereno, la caracola auditiva mantiene su sensibilidad mientras dormimos.

Del sueño profundo es muy difícil despertar: el despertador puede hacer vibrar su irritante tintineo repetidas veces antes de que atontados acertemos a conectarnos con la realidad que nos circunda. Hay un estado de confusión y dispersión mental antes que unifiquemos nuestras ideas y tomemos el comando de nuestro espíritu.

Si cuando estamos en esta fase del sueño en todo su apogeo, alguien nos sacude, ocurre otro fenómeno de protección similar al de soñar. Aparecen en todos los sectores del cerebro un tipo de ondas lentas y amplias que se han dado en llamar complejo K. Ellas traducen una resistencia del cerebro para que nos desentendamos de este estímulo muscular y persistamos en el sueño.

Es bastante curioso que si este tipo de ondas se presenta en un trazado electroencefalográfico durante la vigilia, ello sería indicio de una alteración patológica del cerebro, conocida con el nombre de epilepsia.

Para vencer el complejo K y despertarnos es necesario reiterar el estímulo varias veces.

En mis épocas de practicante interno y habiendo gozado siempre de un sueño profundo, me intrigaba el hecho de que durante las guardias en el Hospital Maciel, Albino, el enfermero de la noche, se las componía para despertarme a fin de cumplir alguna urgencia, tocándome suavemente el hombro.

Cierta vez en que estaba despierto y con los ojos entrecerrados, se dibujó en la penumbra la silueta del enfermero que, acercándose silenciosamente hasta mi lecho, tomó sin consideración alguna, mi pierna y comenzó a sacudirla una y otra vez vigorosamente.

Luego, con el aire de quien tiene experiencia y domina la situación, calculó que había administrado la dosis suficiente de estímulo muscular y se aproximó y golpeándome con delicadeza el hombro, musitó:

— Sr. Practicante... Sr. Practicante...

Con esa sabiduría intuitiva que no se aprende, el enfermero hizo llegar al cerebro repetidos estímulos musculares que vencieron el mecanismo de defensa del complejo K y me acercaba al umbral del despertar del cual me era fácil salir a su suave golpear en mi hombro.

Prof. Dr. Víctor SORIANO

(Especial para EL DIA)



Retrato de Montalvo, de autor anónimo, y estimado como el más auténtico. Perteneció a la nieta del escritor señora Mercedes Chacón Montalvo de Serrano, quien lo obsequió para la Casa de Montalvo.



La Casa de Montalvo, en un ángulo de la Plaza Mayor de Ambato.

La casa de Montalvo

OR Miraflores, Ficoas y Atochas florean, con tono de azahares, los árboles de las nas claudias y en sus pétalos rosado pálos, los durazneros. También el capulí —la eza del indio interandino— muestra la omesa de su verdeante racimo, y en breve carga frutal agobiará, como en arcos anaeónticos, las ramas que de colmadas pacan brazos que se inclinan para ofrecer viandante las peras de azúcar, las mannas de ácido perfume, los mirabeles... Ambato casi no hay cercado ajeno como la égloga de Garcilaso y es cierta la iman de los gorriones que suelen cantar con pico endulzado en la pulpa de la fruta adura. Ciudad jardinera, extendida en treos de floresta, levántase en veces, obedendo a las nuevas formas, a los toques de lor que iluminan los cuadros lineales de arquitectura contemporánea; elévase en torre como para aves migratorias de su tedral, pero no invade sus aledaños sin cuales perdería aquella gracia arcádica ñada por el río músico que resbala pundo las piedras rodadas del Tungurahua, gía de imponente estatura cuyos filos corlos en oscuro granito contrastan con la nalidad policroma de las huertas y de yas entrañas brotan aguas de salud, hirentes y heladas, ya surtan de sus caldeen donde alienta el fuego recatado en asiones bajo las cenizas o desciendan de región de las nieves, plateada cimera e irisa las nubes de la tarde.

La ciudad que fuera descrita por José rique Rodó en líneas de adivinada fora, si cumple con el destino de extender- pero sólo al ritmo que le es justo y e no descomponga su silvestre marco, ntiénese por los lados de su tradición gna de guardarse, como en los días de ontalvo... y si bien la pequeña casa mpestre de D. Juan, en Ficoas, hállase svestida aun cuando revocada y ya no de cumplirse justamente, en acercándoa ella, la fiesta de la evocación, la de su cimiento, en la plaza mayor, conserva la imigenia estructura en torno del patio adrangular y las habitaciones iguales, brемente reconstruídas y en primer término su tramo lateral, señalado por la venta derecha, el lugar en donde Juan Montalabrió sus ojos a la vida. En tales estans, divididas como hace ciento veinte y te años, se conserva una gran parte de biblioteca de autores ecuatorianos y de nera especial la bibliografía montalvina, ediciones de los libros del gran escritor bateño, sus folletos príncipes, algunos de originales, su correspondencia, entre la e destacan las cartas de la Condesa de rdo Bazán, trazadas como a punta de iler, bajo la corona de rojo y oro o al do de la ingenua figura de la paloma ensajera; las misivas de Víctor Hugo martine, los billetes de Menéndez y Peyo... la profusa y alta demostración de universal estima; el anaquel de los bióafos y ensayistas de Montalvo, y para e sea completa la presencia del hombre de las meditaciones "afilosofadas" y los poéticos giros, de los cinceles del estilo y los aceros del combate, la letra de sus adversarios e impugnadores... Allí sus retratos, desde el anónimo pero considerado como auténtico que tuviera por algún tiempo la nieta del Cosmopolita, hasta el modelo de Villacreces y los óleos tomados de sus fotografías de Lima y de París, y el interpretativo del pintor Villacís en donde aparece en su retiro o destierro de Ipiales, joven Montalvo un tanto aborrascado y meditabundo, frente a su tosca mesa de escribir, sin libros y rodeado de papeles por los cuales circula una letra alternativamente nerviosa y reposada, en la que se configuraban los Tratados y los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes, en la media luz del poblacho y cuando la firme de su memoria traíale, en prodigioso conjuro, las citas y los recuerdos, los episodios y las descripciones, la realidad y el presentimiento, el sueño y la vigilia, los paisajes y las figuras, las almas y los lugares. Allí la pluma de Montalvo, los cuadernos de hojas cosidas con hilo de seda; las vitrinas que custodian algunas de sus prendas íntimas: su frac y su levita de la casa de sastrería de Jolivel (Rue Vivienne, 35, París), la misma en la que se cortó el frac azul oscuro que se mantiene en alcanforada defensa, vistiendo a su cuerpo embalsamado, en el cofre de acero que sobre plataforma de piedras andinas y entre fanales de figura de antorcha, reposa o vigila en el mausoleo contiguo, erigido en una parte de la misma casa familiar, con helénica intención en sus columnas y capiteles.

Recientemente, en pedestal que guarda proporciones y consuena con el espíritu de aquel monumento funerario, se ha colocado un busto de Cervantes, según el retrato estimado como el más cierto, de Jáuregui, como para que la efigie del autor de las ejemplares novelas y el Viaje al Parnaso, enviada por España a la Casa de Montalvo, haga de compañía permanente al ecuatoriano de las más asiduas salidas por los campos de Montiel, al que tuvo, por afirmación de la sensibilidad del hombre, ese algo de Don Quijote sin el cual no podría merecer el cariño ni el aprecio de sus semejantes y cuyas lanzas subjetivas rompiéronse también contra molinos de viento y yayanes boyantes.

Llegan los viajeros a la ciudad de Ambato para buscar a Montalvo en su casa y si en veces la rememoración se cumple acercadamente porque tales amigos y admiradores le siguieron en sus letras y en sus viajes y penetraron en la historia de sus desazones y sus entusiasmos, de su cólera y su terneza, cuando vehementes por acercarse a la misma figura del hombre yacente, han logrado, —en rara vez— que se levantara la pesada tapa del arca tumbal, no dejaron de sentir la crispación del vivo frente al cuerpo del que no se desprendió el vestido de etiqueta con el que se dispuso, con sus tantos de estoico y de romántico, a recibir "la visita de la Muerte", frente a la cabeza algo inclinada a la izquierda, en torcedura de su sueño último; frente al pergamino impresionante del rostro en el que las facciones se han desdibujado.

Allí no es posible, propiamente, un diálogo con Montalvo. Pero de regreso a la estantería de sus libros, mientras se abren las rosas ambateñas y las manzanas emiñas pintan sus hemisferios de rosa y oro, es grato ver cómo el ciudadano de América abre su tratado sobre los héroes de la emancipación o su capítulo acerca de los azares del genio; el estudiante le busca en sus Catilinarias y el niño llega en pos de los resúmenes de sus episodios.

Augusto ARIAS.

Ambato, noviembre de 1959.

(Especial para EL DIA).

RAIZ DE UN DRAMA

UN ambiente, un clima, un medio, crean a veces situaciones o hechos que realmente culminan en lo extraordinario. Vamos a narrar algo que llegó a este punto.

Era por el año 90 más o menos. Allá por tierras del norte una gran estancia por leguas extendía sus cercos. Sólo un camino la atravesaba, el aislamiento de sus moradores era casi total, se hacía vida cimarrona, se marcaba en frío, los rodeos eran trabajo y fiesta en que imperaba la barbarie por sobre todo. Y en lo demás lo mismo.

El dueño de esa hacienda Peregrino Cancela, era hombre de hasta treinta años. Se había casado con la hija de un íntimo amigo suyo, moza de veinte. El primer hijo que le dio —una niña— murió al nacer. El segundo... Bueno, esta es la historia.

En una de las puntas del campo, que daba sobre el Arroyo del Bagre, estaba el rancho de Ña Delay (síntesis de Adelaida), negra curandera —médico y boticario del pago— de extensa fama: aquí bruja, allá ángel, que vivía acompañada por una mulata joven— medio ida— y tres lechuzones.

Una noche, en la sobremesa, la mujer de Cancela dijo a éste, luego de algunas vaguedades:

—Mañana quiero ir a casa. Estoy gruesa, voy a parir allá. La que perdimos fue por mala atención...

El la observó un instante, y expresó en seguida:

—Ta bien. Mañana mando prender el carro y te vas.

Así fue. Durante dos meses, una vez por semana, mandaba un peón a lo de su amigo; las noticias que traía eran siempre las mismas: que su mujer estaba bien. Hasta que ésta un día apareció de vuelta. El segundo hijo había nacido muerto, dijo.

Cierta mañana que Cancela se iba arrimando al monte del arroyo del Bagre con miras de pasar la Picada Sucia de viaje al norte, la mulata de Ña Delay le gritó desde la puerta del rancho. Allí enderezó el caballo el hombre y se apeó. Entró y saludó a la anciana.

—¿Qué quiere, Ña?

—Decirte algo.

—Pues dígalo.

—Hace un mes llegó aquí tu mujer. La atendí dos días. Parió un gurí que ahí lo tengo. No es tuyo, es hijo de negro. ¿Querés verlo?

—Quiero verlo.

Salieron de la cocina y entraron a una pequeña piecita. Sobre la cama de Ña un niño dormía. Cancela lo miró largamente. Era un mulatito oscuro.

—Mire, Ña: trate de cuidarlo y criarlo. Yo se lo pagaré muy bien.

—Yo mesmo lo crío, pe dé cuidao. Si te dije lo que te dije es porque le debo lealtá a tu raza...

Peregrino Cancela montó de nuevo y siguió su camino. A su vuelta dejó una maleta con ropas. Y dijo a la negra vieja:

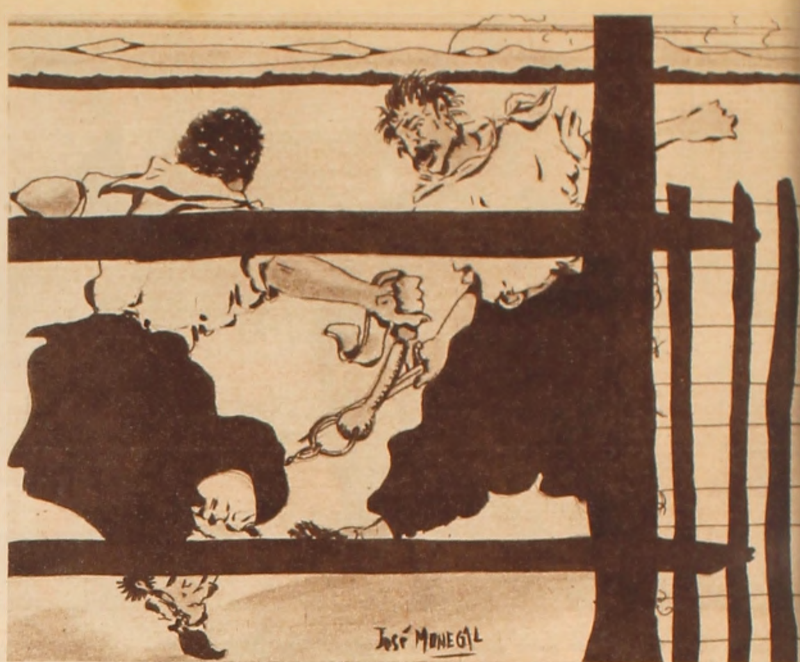
—Que naide sepa nada de esto, Ña, se lo pido por mi raza.

Y marchó a su casa donde siguió la vida de siempre.

En la hacienda trabajaba el negro Román Rojas; era domador y trenzador. Se trataba de un hermoso ejemplar, varonil belleza de ébano; alegre, refranero, sobresaliente tañedor de guitarra. Cuando salía a "pasiar", con su chiripá tendido, su chaqueta bordada, sus botas de potro bien sobadas y sus nazarenas de pulidas espinas, constituía un espectáculo de fuerza, de pujanza, y de airosa prestancia.

Cancela, con íntimo y sordo estoicismo, dio con la verdad: su mujer se había entregado a ese negro. Royó el sufrimiento, fue, consigo mismo, en la adentrada soledad de su conciencia, un atormentado.

Una mañana Román domaba. La noche anterior había llegado tarde, después de una borrascosa noche de pulpería. Antes de galopar el segundo potro, que estaba estaqueado entre dos orejeadores, sin poner el pie en el estribo descargó la argolla de su talero sobre la cabeza de la bestia, que



tambaleó bajo la dureza del golpe. Cancela, su mujer, y un grupo de peones y sirvientas miraban la faena. El patrón dijo:

—Dejá el trabajo, Rojas. El potro nada tiene que ver con tu resaca.

El negro se volvió, midió con los ojos a Cancela, se sonrió y estribó. El estanciero subió su voz.

—¡He dicho que dejes el trabajo, negro!

Román dio dos pasos hacia él. Luego enderezó al galpón murmurando:

—¡Guampudo...!

Pero el murmullo no se perdió para el amo. Dio un salto y un grito:

—¡Date vuelta, negro, que te viá domar la lengua!

Giró el domador, y como un relámpago la argolla del rebenque hizo viento sobre la cabeza de Cancela, que la esquivó, ágil, echando mano al puñal. Y allí fue palenque de una feroz esgrima de talero y arma. El negro era un gato, pero el blanco era un perro. La argolla rebotó dos veces en la carne de Cancela; la segunda con tanta violencia que deshizo la piel y ensangrentó el brazo. Pero no llegó la tercera pues el puñal desapareció hasta la ese en el pecho de Rojas, que abrió los ojos y los brazos, reculó torpemente dos pasos, y cayó a lo largo del playo del corral saltándole gruesos chorros de sangre.

—¡Que no velen a ese ruin — gritó Cancela enceguecido— arrástrenlo con un lazo de las patas, y déjenlo en la salamanca grande pa cuervos y caranchos!

Ese día se le apareció otro hombre —en su marido— a Rosaura Olivera. Este, desde aquel regreso de lo de Ña Delay había apartado cama. A una interrogación de ella había respondido:

—Usté debe saber porqué lo hago. Si la tengo en mi casa es por no amargar a su padre de quien soy más que amigo.

Desde entonces se estableció un dramático silencio entre ambos. Pero en ella, luego de la trágica muerte del domador, despertó y comenzó a bullir una tremenda e incontrolada pasión por su marido. Intentó conquistarlo, se desvelaba encendida, cismaba, se desnorteaba... Cierta tarde apareció en el carro de la estancia una chinita joven. A dos cuadras de las casas Cancela había mandado levantar un rancho, al que fue ella. Y Rosaura supo que allí iba su marido, que tomaba mate, comía, y dormía con la nueva.

Pasó casi un año apurando sórdidamente su drama. Una mañana fue hasta el rancho de la otra, se atravesó en la puerta pistola en mano. El hombre saltó y la desarmó.

—¿Qué viene a hacer aquí? ¿Quién la llamó? ¿Por qué usa mis armas?

Ella salió tambaleando, conmoviendo el aire con sus lamentos. Esa tarde pidió que aprontaran el carro, se fue a su casa.

Al otro día Cancela ya presentía el último acto; marchó a lo de Ña Delay con una peona. Y volvió con el mulatito, que ya iba cerca de los tres años. Era un niño fuerte, vivo, de ojos rutilantes.

Dos días después llegó con Rosaura su padre, que había sido jefe de Cancela, en algunos *barullos;* en uno le salvó la vida. Desde entonces éste le rindió su amistad, su apego.

Solos quedaron en la gran sala de la estancia la mujer, llorando sobre un sillón, y los hombres frente a frente. El recién llegado dijo:

—¿Qué hay en tu casa, Cancela? ¿Mi hija es tu mujer o tu perra?

—¿Le contó toda la historia, toda?

—¿Qué querés decir con eso?

Cancela llamó a una de las sirvientas.

—¡A ver traé al mulatito Crispín!, — y a su mujer que se irguió como galvanizada por un poder extraño! —¡No, quédese ande está!

Volvió la que fue a buscar el niño, con él.

—La razón de su pregunta ahí está, capitán Olivera. Averigüe con su hija quién es ese gurí, quién lo parió, de qué sangre viene...

Entonces Rosaura pasó por ellos, desalada, y traspuso una puerta. En seguida se sintió un disparo.

Ante ella, exánime, con el pecho espantosamente abierto y sangrante, se detuvieron los dos hombres. En voz baja habló Cancela:

—Ese mulatito, capitán, es hijo del negro Román Rojas y de su hija. Si yo le di el trato de perra, ¿de qué me dio el trato ella?

El capitán Olivera salió y montó a caballo; y tomó el camino. Cancela, de pie en la puerta de su casa, inmóvil mientras el tiempo pasaba, lo vió desaparecer tras las cuchillas lejanas.

José MONEGAL

(Especial para EL DIA.)

Dibujo del autor.



Domingo José Torre Maeso. — A los seis meses de su fallecimiento. Bebe: en tu paso por la vida te fuiste dejando tu hogar vacío donde con gran dolor te llora tu desolada madre.

Tarzan

por **Edgar Rice Burroughs** ®

EL ASOMBROSO DESCUBRIMIENTO DEL REY DE ORO Y SU REGLA DE ORO.

TARZÁN E ITO DESCUBRIERON OTRA HABITACIÓN SECRETA Y LA ESTATUA DE ORO DE UN NOBLE **REY** QUE LA HISTORIA NO RECUERDA.





EL DESTINO PARECÍA GUIAR A TARZÁN EN LOS GRANDES DESCUBRIMIENTOS EN LAS CAVERNAS ROCOSAS.

PON LOS PEDAZOS DE BAMBÚ DEBAJO EN CUANTO YO LO LEVANTE, ITO—PARECE QUE PESARA UNA **TONELADA**!

TRATARÉ DE ARRASTRARLO, FÍJATE QUE LOS BAMBÚES ESTÉN SIEMPRE DEBAJO DE ÉL.

SÍ, TARZÁN!

MUY BIEN, ITO! AHORA LAS URNAS... Y NUESTRO PRÓXIMO TRABAJO, LLEVAR TODO ABAJO, SANO!

EL HECHO HISTÓRICO IMPORTANTE DE ESTE REY ES QUE NO SE MANTENÍA POR LA ESPADA, SINO POR LA **REGLA ÁUREA**!

LA HISTORIA ESTÁ LLENA DE REYES GUERREROS. NUESTRO REY, QUE SÓLO USABA LA REGLA ÁUREA, MERECE SER CONOCIDO!

SI MURIÓ AQUÍ, PROBABLEMENTE ENCONTREMOS SU TUMBA!

BILL ELLIOTT JOHN CELARDO

MAS TARDE

QUE HAREMOS CON TODO ESO?

PODEMOS APRENDER MUCHO CON LO QUE HEMOS ENCONTRADO, ESPECIALMENTE APLICANDO LA REGLA ÁUREA: "HAZ PARA LOS DEMÁS LO QUE HARÍAS PARA TI."



"Vista" bien sus manos con

Guantes

de la magnífica colección que presentan nuestras tres casas.



GAMUCINA DE ALGODON

Bonito modelo en algodón con frunce en el puño, hebilla dorada, colores blanco o negro. Todo talle, el par $ 12.00

(1) Destacamos preferentemente este modelo en algodón con puño bordado en relieve, gran calidad, muy lavable. Colores natural, blanco o negro, el par $ 15.50

Gamucina de nylon con bonito aplique en ondas, muy lavable, colores blanco o negro. Talles 6½ al 8, el par $ 13.50

Distingue su puño bordado y en los más bonitos colores. Blanco, natural, gris, verde, obispo o negro, todo talle, el par $ 16.00

Con precilla doble y hebilla dorada, muy lavable. Colores blanco o negro, el par $ 16.50

Con aplique de perlas doradas, en doble precilla. Colores blanco o negro, todo talle, el par $ 17.00

Elegante modelo con puño alforzado en colores blanco o negro. Talles del 6½ al 8, el par $ 17.50

(2) Precioso modelo, recién recibidos, con elegantísima aplicación de lunares en el puño. Colores blanco con rojo, blué o negro, natural con blanco, negro con blanco, todo talle, el par $ 17.80

NYLON

Bonito modelo en nylon corderoy, colores blanco o negro. Todo talle, el par $ 10.80

(3) Fantasía con hebilla colores blanco o negro, el par $ 11.20

Fantasía con puño doble y aplicación de perlas, colores blanco, natural o negro. Todo talle, el par $ 11.80

(4) Fantasía, largo 33 cmts. con original bordado, ideal para sus fiestas o reuniones. Colores blanco o negro, el par $ 13.50

CHICLE

Fantasía, puño en pico, colores blanco, natural o negro, el par $ 8.50

Liso con bonita aplicación de precilla y hebilla dorada. Colores blanco o negro, el par $ 13.20

(5) Fantasía, colores blanco o negro, el par $ 13.80

Tipo mosquetero liso, en colores blanco, natural, cognac o negro, el par $ 14.00

CLIENTES DEL INTERIOR: Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ - Avda. Agraciada 2302 y M. Sosa.

CAPURRO & Co.



CASA MATRIZ Av. AGRACIADA 2302 esq. Marcelino Sosa - Tel. 20 09 61

SUCURSAL GOES - Av. GENERAL FLORES 2341 esq. Marcelino Berthelot. Tel. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00

SUCURSAL CORDON - Av. 18 DE JULIO 1601 esq. Carlos Roxlo - Tel. 40 41 11

PROGRAMACION DE CASA SOLER EN SAETA T.V. - Lunes y Miércoles a las 20 horas presenta el Escenario de Variedades y los Martes a las 21.15 hs. la Gran **TELEREVISTA** con las mejores atracciones de la T.V.